

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

Año II

10 de Abril de 1935

Núm. 16

LEA EN ESTE NUMERO

CUATRO POEMAS FOTOGRAFICOS

Un cuento:

CUANDO EL VIEJO SAMUEL
SE RAPO LAS BARBAS,

por Manuel Iribarren.

Un poema:

LOS NUEVE NEGROS DE
SCOTTSBORO,

por Raúl González Tuñón.



Un artículo:

VICTOR HUGO ENTRE NOS-
OTROS,

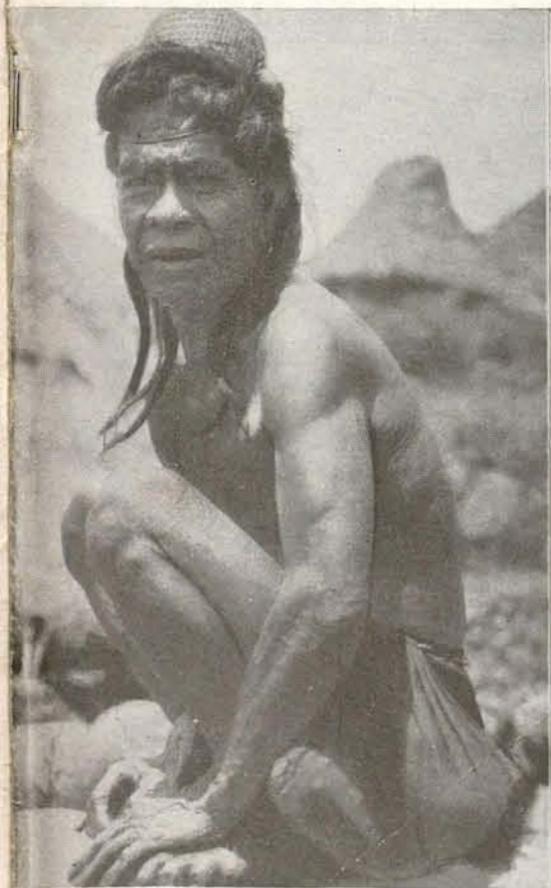
por Manuel Abril.

Un reportaje:

¿QUE PLATO PREFIERE EL
PALADAR MADRILEÑO?,

por Enrique Zorreguieta.

LOS HOMBRES QUE COMEN PERROS



por RAMON MUÑIZ LAVALLE

Una crónica:

MEMEL EN EL RUEDO DE
LAS RELACIONES INTERNA-
CIONALES,

por Jaime Menéndez.

UNA BIBLIOTECA MARINERA



por EDUARDO BLANCO-AMOR

UBEDA, JOYA DEL RENACIMIENTO



por SALVADOR V. DE LA TORRE

Una correspondencia:

EL CALZADO Y LA MODA,

por Madeleine Millet.

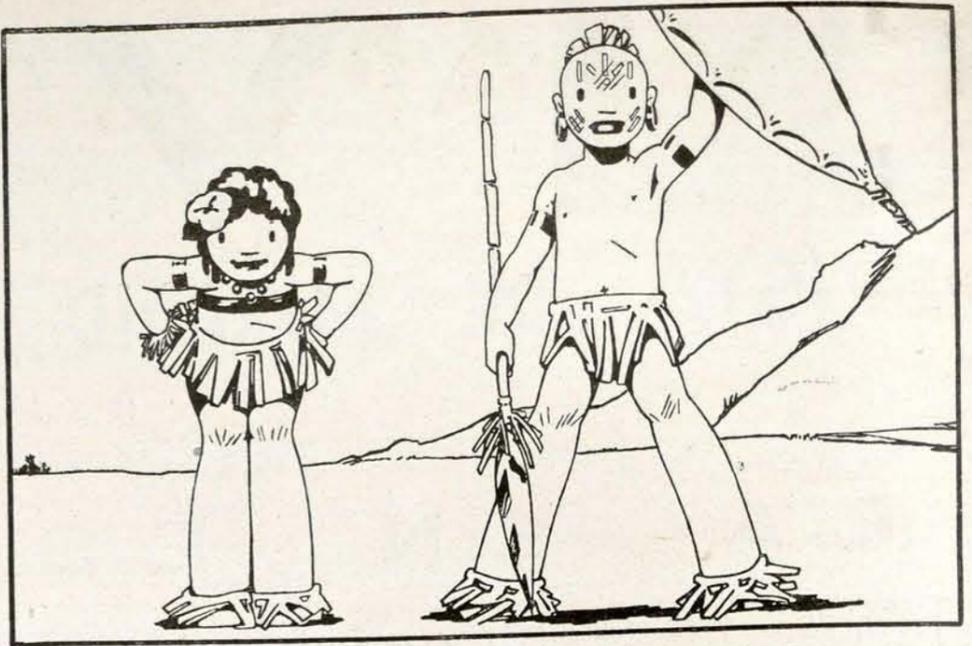
20 CENTIMOS

FIDIAS

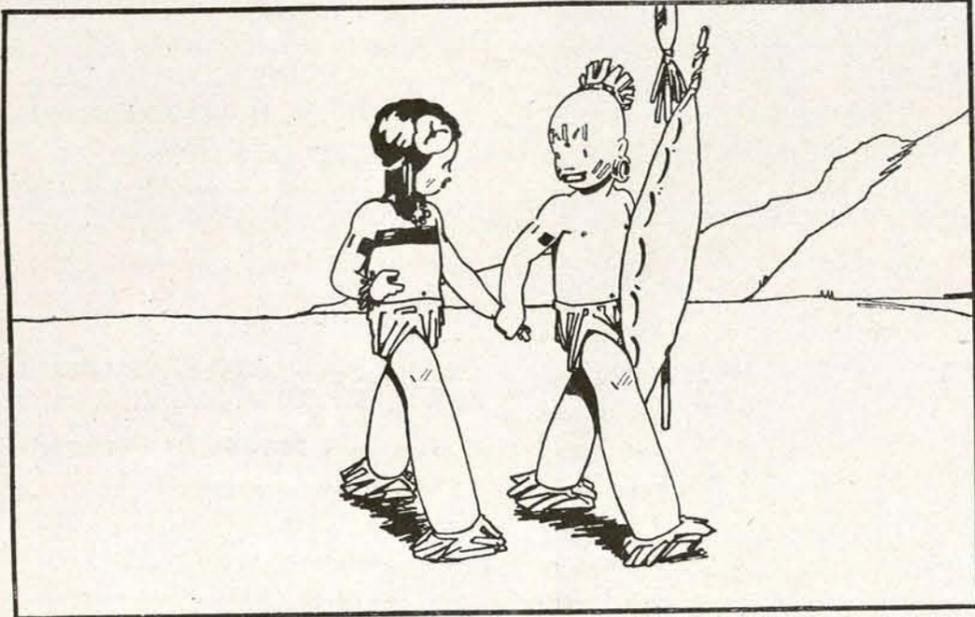
PRESENTA A IBO-IBO Y ZUZÚ

EN

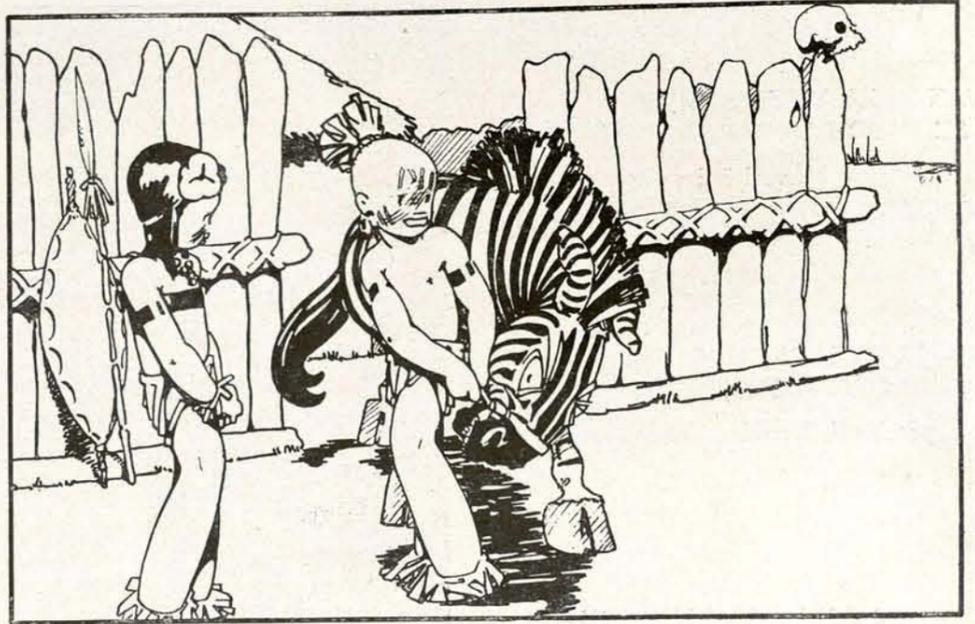
TROPICO



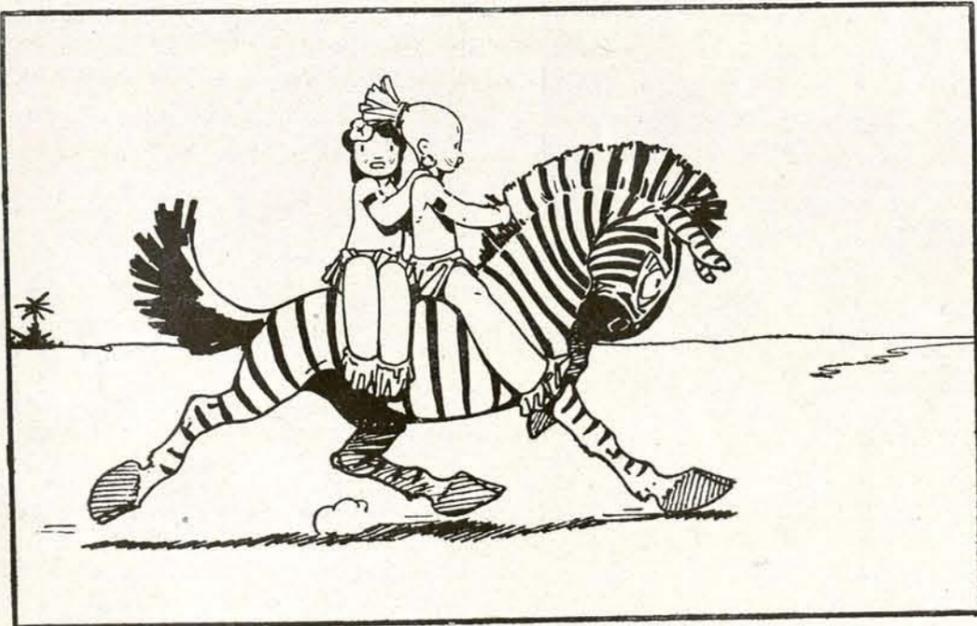
Ibo-Ibo y Zuzú saludan gentilmente a los lectores de CIUDAD.



—Conmigo puedes ir tranquila. Sólo yo soy capaz de amansarla. Me quiere mucho.



—¡Para, bestia! Hace como que muerde por cariño... Es muy romántica.
—Ya, ya...



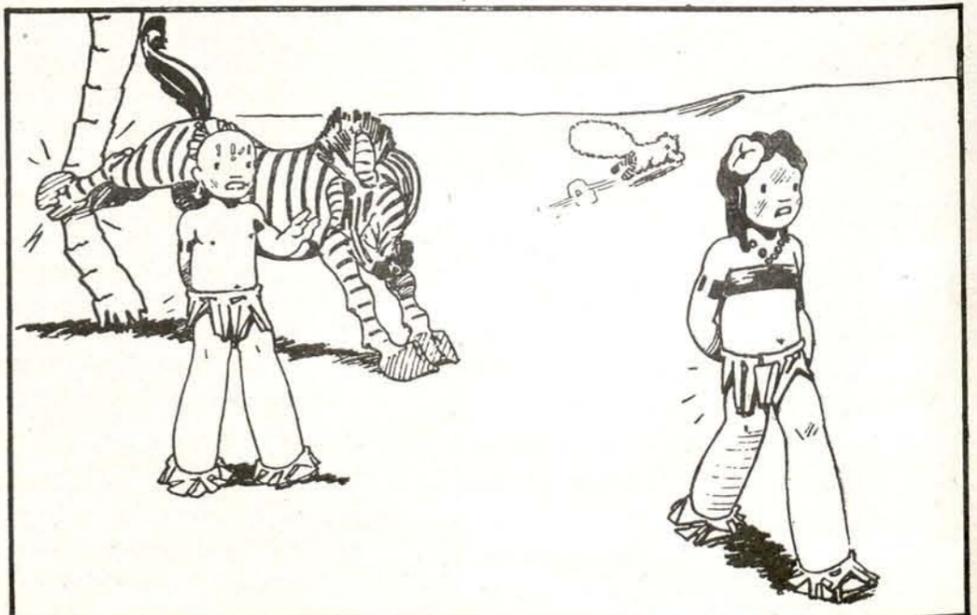
—Sí, muy inteligente: levanta la cola para tener la línea aereodinámica.



—¡Hoooy!...
—¡Aaaay!...

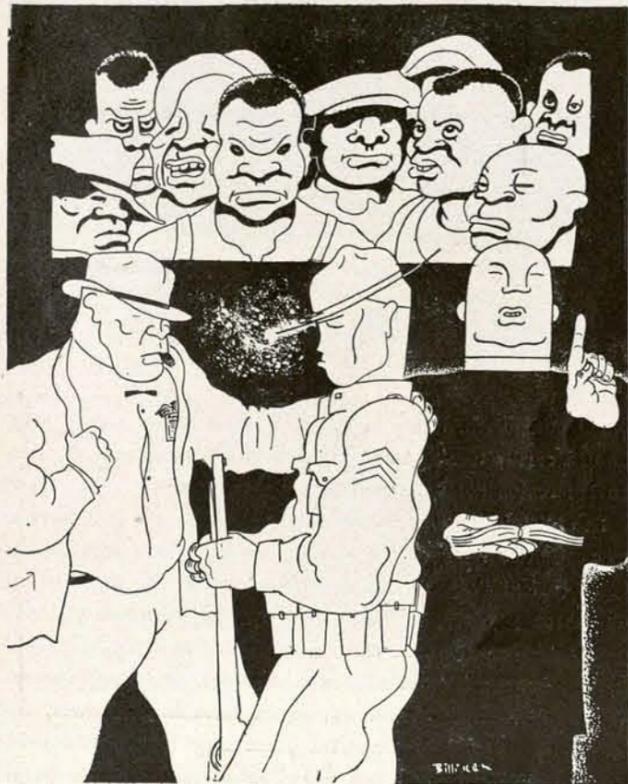


El diálogo se pierde entre los jubilosos relinchos—fuerza de 600 caballos—que irradian de la cebra.



—¿Has visto qué mansita es? Salta de alegría...
—Ya, ya...

¡Los Nueve Negros de Scottsboro!



I

¡Oh, cómo relucen los Nueve Negros de Scottsboro!

Los Nueve Negros de Scottsboro
aúllan esperando la muerte,
aúllan y muerden las rejas
los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh, qué dientes blancos los Nueve Negros de Scottsboro!

Los Nueve Negros de Scottsboro
tienen las manos esposadas;
se han comprometido con la muerte
los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh, qué ojos brillantes los Nueve Negros de Scottsboro!

¿Los Nueve Negros de Scottsboro
van a ser electrocutados?
Ya sufren a plazos la muerte
los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh, qué voces profundas los Nueve Negros de Scottsboro!

II

Saint Louis Blues llorará por ellos
toda su música de escombros.

¡Ay, tienen madre y hermanos
los Nueve Negros de Scottsboro!

Los Comedores de Algodón
subirán de los bajos fondos
cuando salten las uñas blancas
de los Nueve Negros de Scottsboro.

En los tabacales lejanos
de la Virginia, hombro con hombro,
se juntarán los hermanos
de los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Ay! Algunos tienen quince años,
y en otros ha de nevar pronto.

Ya nunca nos olvidaremos
de los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh, cómo relucen los Nueve Negros de Scottsboro!

Por RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

LA República cumple esta semana sus cuatro años. El último le ha costado algún trabajo cumplirle y no lo ha cumplido en paz. Permita Dios que todos los que le quedan hasta hacerse centenaria sean plácidos y felices. Permita Dios que acabe siendo una República de todos los españoles para todos los españoles y que un signo de paz y de progreso presida sus días. Y que con ella recupere España su rango en el mundo, para conseguir lo cual será preciso que se abatan las espadas del rencor y que una mitad de españoles deje de ver a otra mitad como enemigos irreconciliables.

DESPUÉS de la tumultuosa inauguración oficial de la Primavera, entre celliscas y olas de frío, ha llegado la auténtica inauguración. Florecen muchas cosas. Pero la floración más abundante ha sido la de periódicos. Los quioscos amanecen cada mañana con un colorín más: bermellones, verdes, azules. Cualquiera diría que esto de hacer periódicos es un negocio excelente.

Otra cosa que florece con alarmente abundancia son los congresos y asambleas. España, país de turismo, parece, además, país propicio a la deliberación. Si en la misma proporción en que se producen periódicos y congresos se produjeran locomotoras, buques, automóviles, España marcharía a la cabeza de la técnica europea. No tenemos remedio. Somos un país de charlatanes. Y cuando no se nos da bien el diálogo, rompemos en monólogos. El caso es no estar callados, ni de palabra ni por escrito.

CHARLOT, el genio de nuestro tiempo, ha terminado una nueva película. Se titula "La Masa", y tiene la imponderable cualidad de ser muda. Como símbolo de su desdén por el cine hablado, Charlot se ha hecho retratar con una cotorra, a la que mira con despreciativa piedad.

Charlot ha entablado solo, como Don Quijote, la magnífica batalla desigual contra el descomunal gigante del cine hablado. Probablemente a Charlot le molearán las

costillas, como al Ingenioso Hidalgo. Pero no habrá un espíritu elevado que no esté de parte de este gran cómico de la cabeza plateada.

El guirigay del cine hablado, espantable estrépito de lenguas y de acentos, negación práctica y teórica del gusto, antífona hiriente que destroza los nervios mejor templados, ha conquistado el mundo en unos momentos de frivolidad y de desorden de todos los valores estéticos y aun de todos los valores morales. Por esto la batalla de Charlot, que quiere restituir un invento prodigioso a su naturaleza primitiva, con la cual únicamente puede reclamar un puesto en la historia del espíritu, será vista con angustiosa simpatía por todo espíritu afinado.

La dimensión caliente y humana de la voz de las criaturas es insustituible. Toda ficción de la naturaleza puede ser bella. Pero la de la voz es inaguantable. La voz mecánica sólo tiene su sitio en los archivos de la palabra como un documento. Jamás como materia artística.

UN misionero español ha sido asesinado en China. No es, naturalmente, el primero, ni será el último, porque ya es conocida la propiedad de la sangre de los mártires.

A propósito de este asesinato, no dejará de ser saludable recordar que, por un sentimiento provinciano del laicismo del Estado, las misiones españolas han sido abandonadas por la Administración. Profundo error político. Una misión de España no puede ser ya un instrumento imperial en el sentido materialista. Ni siquiera en el sentido espiritualista, ya que hemos quedado—a juicio del que suscribe, con precipitación—en que ni siquiera puede hablarse de imperios espirituales. Pero el hecho de que las normas de la civilización occidental sean llevadas por ciudadanos españoles, vistan la ropa que vistan, a pueblos que de una manera o de otra han de ser occidentalizados, merecería un poco de atención. Y no ya desde el punto de vista confesional, sino desde el punto de vista europeo.

V I C T O R D E L A S E R N A

HOY...

ARTE Y VIDA.—VICTOR HUGO ENTRE NOSOTROS, por Manuel Abril.

UNA ENTREVISTA CON D. MANUEL SILVELA, texto y dibujos de Sancha.

UNA BIBLIOTECA MARINERA, por Eduardo Blanco-Amor.

CUANDO EL VIEJO SAMUEL SE RAPO LAS BARBAS, cuento de Manuel Iribarren.

CIUDADES DE ESPAÑA.—UBEDA, JOYA DEL RENACIMIENTO, por Salvador de la Torre.

¿QUE PLATO PREFIERE EL PALADAR MADRILEÑO?, reportaje, por Enrique Zorreguieta.

EL CALZADO Y SUS FANTASIAS, correspondencia de modas por nuestra representante en París, Madeleine Millet.

CUATRO POEMAS FOTOGRAFICOS, por nuestro corresponsal en París, Eduardo Avilez Ramírez.

LOS HOMBRES QUE COMEN PERROS, reportaje de Ramón Muñiz Lavalle.

LOS NUEVE NEGROS DE SCOTTSBORO, poema de Raúl González Tuñón.

PROMESAS, cuento de Jack London, con ilustraciones de Arteché.

LUIS ALVAREZ POR LOS ESTUDIOS DEL MUNDO, por Fernando G. Toledo.

ALIX, cuento de Claire Thornton, ilustraciones de Santonja.

PORTUGAL, por Fernando Allúe.

TOROS, por Federico Morena.

CON EL MEDICO, por el Dr. Fernández Cuesta.

FIGURAS DE LA SEMANA, «Raúl González Tuñón», por R. M. L.

DEPORTES, por Hefece.

CINE, por Gabriel García Espina.

TEATRO, por Alfredo Muñiz.

IBO-IBO Y ZUZU EN TROPICO, historieta de Fidas Orts Blanco.

FRAGMENTO DE UNA CONFERENCIA, por Gregorio Marañón Moya.

EL TRAJE ESPAÑOL Y LA MODA, por M. R. Bendala.

MEMEL, por Jaime Menéndez.

EN DEFENSA DEL DEFICIT PRESUPUESTARIO, por Isaías Táboas.



En la Exposición de Víctor Hugo, organizada por el Instituto Francés, de Madrid, para conmemorar el cincuentenario de la muerte del poeta, vemos dibujos sabrosos del autor de *La leyenda de los siglos*; vemos caricaturas, retratos del poeta, hechos por Daumier y Deveria, y vemos alguna ilustración —y excelente— de Urrabieta Vierge, el español, al *Hombre que ríe*, a más de otros documentos de interés propicios al deleite y propicios al comentario.

Uno de los dibujos del poeta representa una ola enorme, enroscada en escorzo violento, amenazador e invencible. Víctor Hugo ha escrito al pie: *Ma destinée* «Mi destino»...

¿Puede ser aceptada esa ola como representación adecuada del destino victorhuguesco? Tal vez. Probablemente. Pero siempre que intervenga la interpretación, los oráculos descubren la verdad... al que acierta a descubrirla. Se puede preguntar a las estrellas por los destinos humanos. Podemos pedir respuesta a las entrañas del ave; nos contestarán las entrañas. Pero no podremos nunca evitarnos el trabajo de pensar y de inquirir por nuestra cuenta el gran misterio y los misterios parciales. Los augurios que obtengamos necesitarán de hermenéutica. Hay siempre que leer y que aprender a leer, o en la letra, o en el ave, o en la estrella.

No nos fiemos, por tanto, del augurio en su aspecto primario y simplista. No creamos que el destino del poeta fue un destino de naufrago, como pudiera querernos indicar esa alegoría de la ola. La ola acaso esté diciendo una verdad; pero no ésa. El autor la dibujó, sin duda alguna, para decirnos que era víctima de la tiranía de las hadas. Pero en los



tiempos románticos estaba muy de moda el pesimismo, y, más que el pesimismo, su retórica. Querían presumir de pesimistas.

Cuando dibujó esa ola el autor de *La leyenda de los siglos* quiso hacernos creer, sin duda alguna, porque él también lo creía, que era él «juguete de las olas», para emplear una frase de romanticismo típico. No es posible, sin embargo, figurarse a Víctor Hugo zarandeado y perseguido por las olas, sino más bien produciéndolas.

El oleaje tormentoso de la mar es muy victorhuguesco; pero no como fuerza enemiga, sino como creación del propio autor, como imagen favorita del poeta. Víctor Hugo aparece en la Historia como un Poseidón apocalíptico; desencadenador de tempestades, más que víctima de ellas.

En la Exposición Víctor Hugo de que hablamos hay, en una vitrina, un libro abierto, y en la página primera, un verso en el que dice de él un admirador entusiasta:

Tu creves le plafond de ton crâne géant;

lo que viene a ser, en romance, algo así como:

Perforas la techumbre de tu gigante cráneo,

o bien:

Haces saltar el techo de tu gigante cráneo.

El ditirambo hiperbólico nos dice bien a las claras que los admiradores del poeta se figuraban al «emperador de la barba florida», no sólo ya emperador, sino coloso, y no solamente coloso, sino poseedor de energía cerebral de tal empuje, tan tempestuosa y volcánica, tan en ebullición y embravecida, que pueda llegar al extremo de determinar una explosión y lanzar, disparada, a los espacios la tapadera del cráneo...

Parece, por lo tanto, que el destino de Víctor Hugo esté más cerca de pasar a la historia como mar tempestuoso, ge-

Arte y Vida por Manuel Abril

EL DESTINO DE VICTOR HUGO

nerador endiosado de oleajes, que como barquichuelo a merced de ellos.

La ola del dibujo representa muy bien a Víctor Hugo. El oráculo debe ser interpretado de este modo: Víctor Hugo es, en efecto, una fuerza natural, enorme, arrolladora, grandiosa por impulso natural; bella, fuerte, magnífica, invencible; un poco ciega a veces, y un poco aparatosa en ocasiones.

La aparatosisidad proviene de la época. El retoricismo romántico creía, con ingenuidad muy suya, que para engrandecer era necesario agigantar. No le bastaba al mar con ser el mar; tenía que ser «bravío», y tenía que ser «proceloso». Un prurito infantil de hacer el coco yace en el fondo—casi siempre bonachón—de todos los grandes románticos.

Víctor Hugo es, sin duda, el más grande de todos los románticos franceses. Pero, debido a eso mismo, tan grande, que excede los límites del romanticismo estricto para desbordar de los cánones de escuela, y en vez de ser gigante, ser gran hombre; en vez de estallarle el cráneo, quedar como un gran poeta, como un magno y solemnisimo poeta, con la cabeza en su sitio; y en vez de ser Jehová tonitronante, o Poseidón, agitador de tempestades, ser un emperador del verso justo, del pensamiento lapidario y agudísimo, en la estrofa bien llena y bien medida, y ser, más que un titán, abuelo y hombre.

Presentando a Víctor Hugo como semidiós titanesco se corre el peligro de que se vea solamente en Víctor Hugo su aspecto declamatorio. La voluación mitológica del genio de Víctor Hugo es una voluación romántica; y al atenerse a ella se corre el riesgo de que, por reacción, se presente la voluación contrarromántica y caiga el platillo de la balanza a un exceso, por bajo, tan falso como artificial y deformador al exceso por alto de los que veían su cráneo perforado

Lo uno y lo otro calumnian al auténtico valor de un hombre, por demás rico en sentir de cien maneras la palpitación poética del mundo. Conciñiendo a Víctor Hugo entre nubarrones olímpicos no se le puede concebir dibujando sobre un

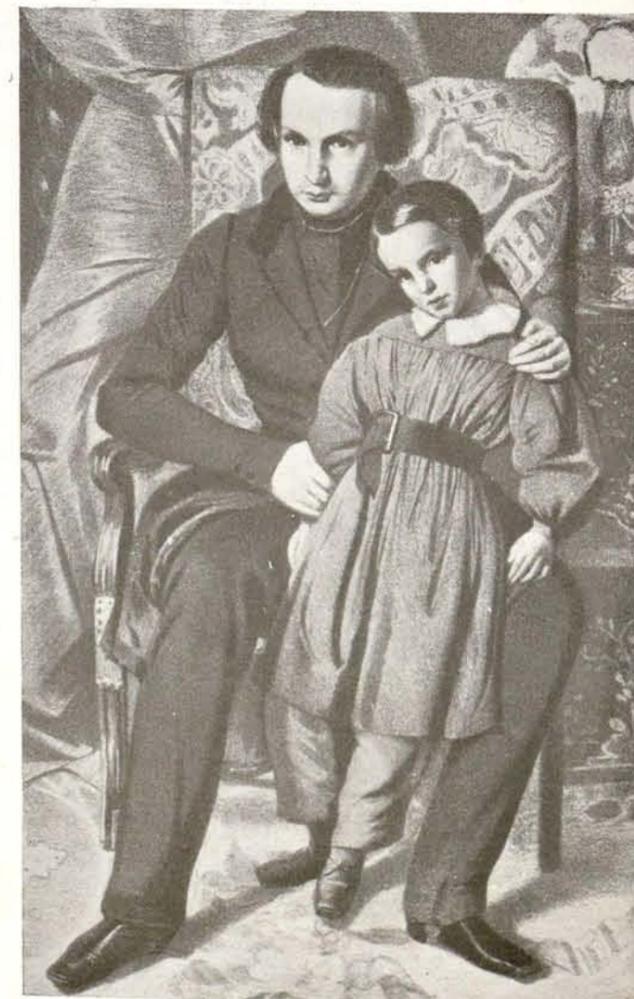


papel cualquiera, sobre la cubierta de un libro, con el rabo de una cerilla usada por pincel y mojado, no en pintura, sino en los restos del café con leche.

Ese Víctor Hugo, no obstante, ha existido. En sus dibujos, es romántico unas veces; pero otras, delicado y juguetón; y otra, caricaturesco... Los caprichos románticos, de nubes y de mares y castillos tienen gran fuerza expresiva, no por el espíritu en sí de la esencia sugerida, sino por la gracia misma del trazo y del entintado. A veces, en la visión ensoñada de un castillo medieval, según fórmula romántica, escribe al pie, irónico, humorista, como sencillo bromista y no como soñador, o más bien como soñador que se ríe de sí mismo: «España. Uno de mis castillos.»

No nos fiemos, pues, de la ola en lo que pueda tener de sensacionalista. A un admirador a la romántica, de Víctor Hugo, pudiera servirle el trapo de la ola para decirle, con alguna de las antitesis a que el poeta era aficionado, que la ola de su destino, en vez de derribarle, le encumbraba; en vez de someterle bajo el pie, le ofrecía pedestal, etc., etc., etcétera. Y sería, aunque enfático, cierto.

Pero es mejor que dejemos el énfasis y apreciemos en Víctor Hugo muchas cualidades no enfáticas—y no propiamente románticas—, que le hacen tanto más apreciable cuanto que le hacen más hombre y más poeta.



UNA BIBLIOTECA MARINERA

POR
EDUARDO BLANCO-AMOR

La forma habitual de la beneficencia suele estar a cargo de los filántropos oficiales, en olor de condecoración y de la salvación eterna, que compran a bajo precio dándole al necesitado una hogaza mohosa del repeso para alimento de sus carnes, un orográfico colchón destinado a su presunto descanso y un potingue con vejeces de rebótica para ir conllevando los alifafes y disneas. Todo ello, incluso la mano que lo da, tiene ese olor triste y resésigo de los hospitales establecidos en antiguos conventos de la desamortización, donde los pobres del Señor agonizan bajo el irónico primor de los ocios platerescos o de las pompas y vanidades del barroco. Por ello, la noble palabra beneficencia ha ido adquiriendo un resabio beatón y odioso, de purgas, de salas húmedas, de caz-carrientos administradores de asilos llenos de niños espantados y de rotas voces menopáusicas, que obligan a cumplir con el precepto como si se tratase de una tarea desagradable.

Y hay otra beneficencia, la rumbosa de los grandes nosocomios soleados, donde el oro de Cuba se transmuta en níqueles, linóleos, ampollas de Röentgen, plagios a Lecorbusier y jóvenes médicos con bigotito a lo Menjou. Ambas formas benéficas parten del

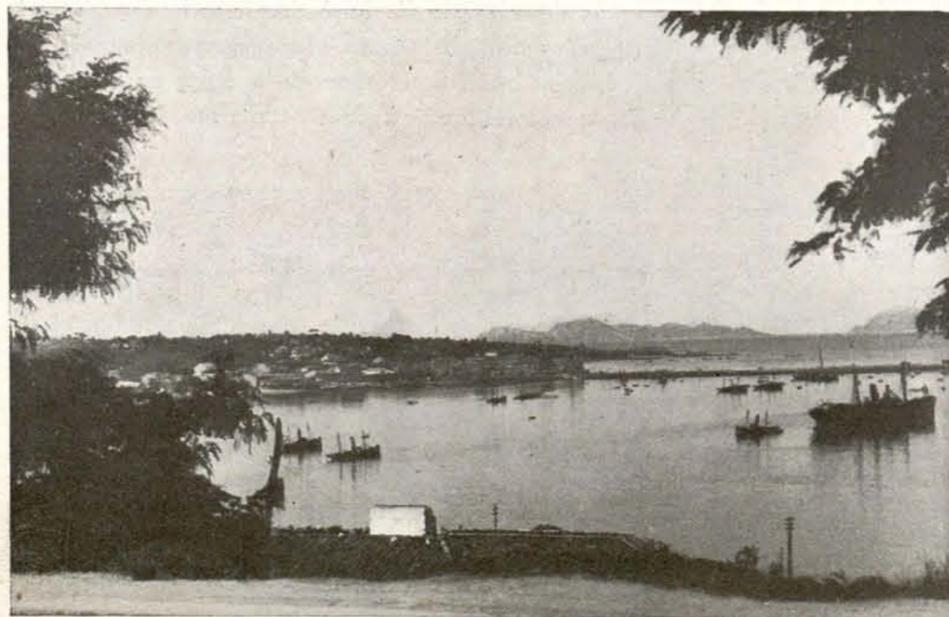


La biblioteca en acción.

bajo error de considerar que el hombre es sólo su cuerpo y, cuando mucho, un alma remota, llena de tremendas responsabilidades ultramundas. Sea en el muladar costroso de la caridad oficial o en la jaula resplandeciente del indiano, al hombre se le considera como un montón de harapos fisiológicos, donde el espíritu no sólo no cuenta, sino que se le mania, hasta que a sí mismo se proscriba, por desilusión, por desintegración, por falta de continuidad vital, diluyéndose en lentos rencores internos, en la invidencia de saberse nada, de ir allegándose a la muerte con el insufrible estorbo del cuerpo, vestido de harapos desmedidos.

La obra de Ramón Fernández Mato, ideando y nutriendo esa Biblioteca Marinera de Bouzas, en la bahía de Vigo, va a ensayar, por vez primera en la historia de los litorales, una beneficencia del espíritu, un hacerle bien al ánima viva de la gente del mar. Va a sujetar el ocio disperso de las anchas horas azules con arponazos de espíritu y a que cada atardecer que abre su bostezo en los interludios de la áspera faena que de fijado en la mente del nauta menor—en heroísmo, mayor—con la efemérides íntima, de una emoción o de una idea. Beneficencia del espíritu: ocurrencia de poeta, ternura y conocimiento racial de hombre ligado a su casta por más serias responsabilidades que un simple determinismo étnico. Sabe Fernández Mato que otra no admite el hombre de mar, que es hidalgo, de suyo, entre lo borroso y lo gregario del proletariado, y prefiere morir de hambre entre cuatro paredes a tender la mano en cuenco pedigüeño.

Hogaño, los marineros, desde que se decretó el cese de las sirenas, no tienen canción con que llenar la caracola de sus ocios. Y por la espiral de las horas expectantes, se les van colando en las mentes superfluidades doctrinarias, que luego agroman en conflictos superfluos también—esto ya se ha visto—, con daño para todos y para todo, empezando por el sapientísimo equilibrio que una práctica multiseccular ha establecido entre la producción y el desguace de sus secuencias gananciales entre patronos y marine-



Bouzas-Vigo.



Vista lateral de la maqueta del futuro edificio.

ros. La "parte", el "quiñón", el "matute" son formas de regulación distributiva segregadas de su propia substancia por el ejercicio del menester pescantín. Y es por ese camino por donde las necesidades coetáneas del trabajador del mar han de ir ensanchando su ambición, y no mediante aplicación forzada de fórmulas que cualquier economista bíblico haya escrito en alemán pensando en las factorías inglesas. Volver al marinero consciente de sí, de su dintorno y de sus posibilidades frente a las gigantomaquias y simplismos de la doctrina postiza, no es labor tanto de sindicación como de espiritualización. La cultura deviene sensatez, defensa y objetividad. Y panorama también, y visión de conjunto, y responsabilidad totalitaria y esencial. De estar el hombre perdido en su vientre, en su egolatría digestiva y sensual, pasa a tomar contacto y conexión con todo lo que le rodea. Se siente pedazo del espejo roto y consciente de la imagen conjunta que hay que formar, del todo topográfico, en cuya unidad civilizada él no es, no puede ser, parcela aislada, sino matiz incomplejo, resorte coadyuvante, fichuela del mosaico que es su tiempo, tono complementario de un modo histórico. De donde la obra de Fernández Mato—que damos, no como noticia, sino como ejemplo señero—viene a resultar una obra de profundo sentido social.

El más grande crimen de la burguesía, su error más suicida, está en no saber o en no querer ver en el trabajador un posible hombre espiritual y en permitir con este abandono que su anhelo de cultura galope en una sola dirección consentida: la literatura clasista, la cultura clasista. Es decir, la no cultura; porque lo específico de ésta es su voracidad concéntrica, su ambición irradiante disparada hacia todos los ámbitos, imantada por todos los puntos posibles de la esfera del conocimiento. Tal como lo decía Hegel, "la multiplicidad del interés".

Libros, libros. Todos los libros. Biblioteca circulante para los hombres de mar. Para que lean, mientras el patrón espía el ancho predio azul, en procura del lance; para que lean en el "rancho", hoy llenas sus cuchetas de teóricas malicias y recuentos de



Emplazamiento del edificio junto a esas redes que parecen telarañas del mar.

borracheras; para llenar los vagares del "peirao", hoy entregados a la broma torpe y a la maledicencia; para que empapen los ocios, hoy destinados al cafetucho hediondo, respunteado con los fichazos del "chamelo" o babeado de citas iracundas, extraídas de libros escritos para turbas esteparias amasadas en dolor, injusticia y miserias, que no son de estos lados del mundo. Libros, para que el mar sea, además de pecho maternal y nutricio, fino seno amante para la caricia de los ojos. De todo el mundo llegan hoy, como palomas, los libros que Fernández Mato convoca con el reclamo de palabras dichas al corazón, buscando la alcándara de las manos mariñanas, maceradas en sales y en auroras. Pronto tendrán los volúmenes blanca nave anclada, con velamen de granitos gallegos; al aire una torre de reloj, como un mástil del que volarán horas como gaviotas, y "viseras laterales para tornar el sol a los pescadores jubilados" en sus prósbitas lecturas de invierno, tal como la concibió la inspiración joven del arquitecto Castro Represas, asentada en los verdes tiernos del paisaje de la villa marinera de Bouzas, frente al caudal prodigio de la ría vivesa, oyendo la cotidiana invitación al heroísmo innumerable que suena en los astilleros: columbarios de motoras pesqueras que llevarán en su vientre rítmico la canción de la vida y de la muerte, el pan y el naufragio, la epifanía y el responso.

(Perdona, Ramón, que sigues poeta en tu solio gubernamental de Jaén, si, a pesar de tus tantas prohibiciones, tantas veces te nombro asociado a tu obra. Hablas mal de la humanidad cuando piensas que tu mención puede escorar la marcha de tu intención. Si eres "un latifundista de la enemistad", somos muchos los que estamos dispuestos a hacerte una "reforma agraria"; y por cada enemigo que se intrapudra y reconcoma de esterilidades ante tu empuje de fecundador, cien amigos te brotarán—de esos magníficos amigos cuyo nombre jamás sabremos—en los surcos recién estrenados de estas líneas.)



El anciano cortador de cabezas conserva de sus buenos tiempos estos cráneos, que son los trofeos de sus cazas humanas.



Asado el perro a fuego lento conjuntamente con el arroz de los intestinos, llega la ansiada hora de repartir los trozos. Advértase en primer plano una cabeza humana.

EL OJO VIAJERO

Los hombres que comen perros

POR

RAMÓN MUÑIZ LAVALLE

Hace cinco horas que el ojo viajero alterna entre palmeras altas y palmeras bajas. El paisaje que le tiende la tierra es una verde planicie, que cambia su fisonomía entre campos de azúcar y campos de "palay", una especie de arroz; para su voracidad, el paisaje sólo le esconde en el horizonte nuevas sorpresas de verdes.

Y el auto prosigue su atascamiento de cientos de kilómetros, mientras el ojo viajero reposa su borrachera de campo fresco en el marcador de la velocidad.

—Ochenta kilómetros..., ochenta y cinco..., noventa..., noventa y cinco..., cien...

—A las diez de la mañana estaremos en Baguio...

Pero antes de llegar a Baguio, la ciudad más agradable que se le haya erigido al turista oriental, hay varias estampas selectas para recreo del ojo viajero.

No me doy cuenta de cómo ni por dónde. Lo cierto es que entre las nubes de polvo con que el auto cubre a los rancheríos de la ruta he dejado al horizonte verde, a las palmeras, a las cañas de azúcar y a los flecos bailarines de brisas, del "palay" que crece. El camino tiene ahora ribetes de piedras y rocas, y nuestra derecha, o bien la izquierda, se ve de improviso resguardada por muros naturales sin vegetación alguna. La trasmutación de la Naturaleza ha sido obra de prestidigitación; hace media hora los chiquillos brincaban al sol, al aire libre y al campo abierto; ahora me saludan agitando sus brazos, metidos medio cuerpo en el agua cristalina, que va saltando entre las peñas de un comienzo de desfiladero. Nos han envuelto las montañas. Cada vez son más pequeños los bañistas; ascende-

mos. El camino es casquivano, y no se entrega nunca en promesas de rectas. Llevamos nuestro corazón a la defensiva; cada nuevo viraje, todo recodo, acelera el velocímetro de nuestras palpitaciones con el espectáculo magnífico



Dos ancianos de las Provincias Montañosas, ejemplares característicos de las razas de indios que habitan en las alturas del norte de Filipinas.

de los precipicios que tenemos a nuestra vera. Y las montañas se multiplican, y crecen, y sigue el auto ascendiendo mientras el ojo viajero no da abasto en absorber las maravillas que se le ofrecen por doquier.

Estoy en el camino de Kennon que, en busca de brisas, se remonta hasta los 1.500 metros... Kennon..., Klondyke's..., luego, los campamentos 3-4-5 y 6..., 500 metros, 600, 800, 1.000..., y ahora el auto entra al ziszás.

El ziszás es un capricho hecho camino; todo su andar es un ir y venir; vueltas y más vueltas; sendero de bebedor, que nos advierte que alguna vez la Naturaleza anduvo embriagada por estos lados. Y el ziszás abre precipicios que sobrecogen al neófito, y se estrecha como la silueta de una niña moderna, y se pega a las montañas como un niño temeroso, y la altitud es ahora 1.300..., 1.400..., 1.500 metros.

Y fresco. Y pinos.

Porque Baguio, cuyos talones ya piso, es la sorprendente

ciudad del aire y los pinos en el archipiélago de las palmeras y el calor sofocante.

Pero yo no he venido a Baguio, como este señor gordo que pasea su traje blanco frente al Pines Hotel. El es un turista de Semana Santa, que huye del calor agobiante de Manila para pasar los días de reposo en las montañas del Norte, donde corren brisas frescas y a la noche hay que dormir con mantas. Este señor obeso—y todos los señores—vienen a seguir sus partidas de tresillo del Casino Español o a continuar sus borracheras de whisky del Elks Club; señorones, comerciantes, españoles y norteamericanos, no han subido hasta Baguio más que a descansar.

Y Baguio y sus alrededores, y las regiones contiguas de las provincias montañosas son lugares especiales para "no descansar".

Porque allí arriba, en las cumbres, y en los topes de estas montañas, en cuya falda, como un pañuelo, se ha erigido el rest house de la ciudad de Baguio, viven los "igorotes", una de las tantas especies de indios nativos, cuyos rancheríos se ocultan entre las rocas y los pinos, lejos de la mirada del señor gordo, con traje blanco, que es comerciante en Manila.

"Igorotes", "kalingas", "ifugaos". Indios de Bontoc. Gastrónomos especializados en el sabor de la carne de perro y la cabeza humana.

Hay que subir, escalando piedras, clavando las manos en la tierra y posando los botines especiales en las más pequeñas aristas del terreno. Hay que echar como sabuesos a los ojos buscando el rastro de los indios para descubrir los huecos del terreno en que ocultan sus vidas. Sólo una

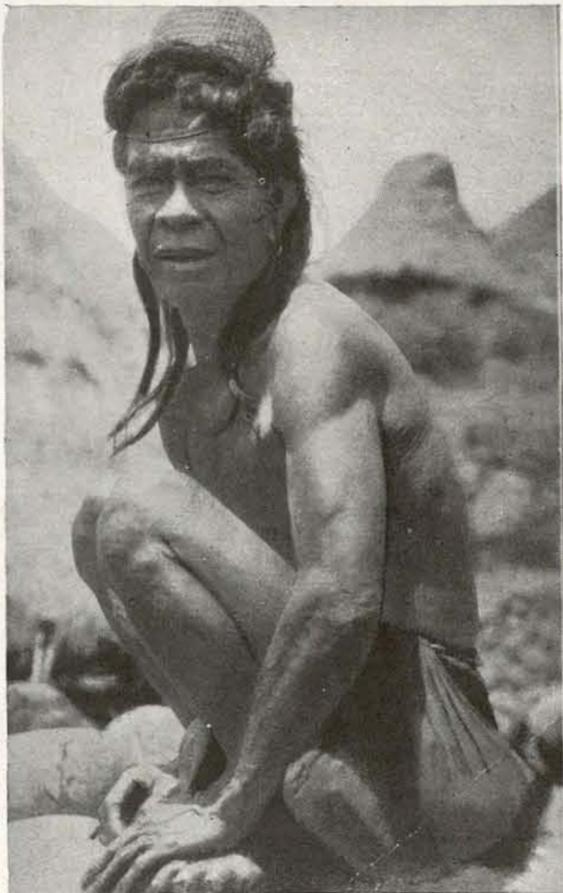


El Consejo de Ancianos dicta las leyes y cumplimenta la justicia que rige entre los indios de las tribus. La experiencia es el juez máximo entre estos indios.



Grupo de chiquillas "igorotes" con sus collares de dientes de perro.

vez a la semana el núcleo principal de "igorotes" baja a la ciudad. Comienza a descender el viernes o el sábado, según la lejanía. En el amanecer de los domingos se los ve, como una alfombra multicolor, sobre las lomas y prados que rodean al mercado de Baguio. Las mujeres lucen trajes de una vistosidad maravillosa, donde privan los colores rojo, amarillo, negro, verde y azul. Sorprende que el tejido y los dibujos tengan una analogía cierta con los de los indios "navajos", de los Estados Unidos, en un mundo aparte como es éste. A los hombres se les ve luciendo camisas sueltas por encima del taparrabos. No usan pantalones. Para estos indios, todos los progresos de la civiliza-



Un indio de Bontoc, en las regiones por donde hasta no hace mucho actuaron los cortadores de cabezas.

tos más perentorios de la vida. Pero la compra esencial del "igorrote" es el perro.

Canes, famélicos unos, bien redondeados otros. Al caer la luz, se les ve abandonar la ciudad en dirección a sus refugios de las alturas. Las mujeres, con sus cestas a la espalda unas y con sus pequeñuelos dentro de pañolones, y ellos arrastrando un perro con el rabo gacho y las orejas caídas, resignado ante su misión, que parece adivinar, tal es la expresión atemorizada con que sigue a sus dueños.

Llegados a sus retiros, sus mejores cuidados están dedicados para el animal que traen, al cual comienzan a engordar a base de arroz.

Y durante toda la semana el "palay" abulta las formas del can ante la callada aprobación de los "igorotes". Y cuando el perro ya ha dejado de ser "huesos" y ha tomado carnes y se encuentra, según criterio del cocinero, "bien a punto", lo colocan a fuego lento, lento, con el buche y los intestinos bien cargados de arroz.

Y, bien asado el perro y bien cocido el arroz dentro del cuero bronceado por el fuego, los "igorotes" se comen el can y el arroz que guarda dentro.

No hay motivo de hacer gestos de repugnancia. Los paladares tienen sus caprichos. En el Japón comen como manjar exquisito el pescado crudo o los arenques podridos; en China nos sirven como plato maravilloso huevos negros, que han permanecido cien años bajo tierra, huevos podridos bajo el suelo, y a los cuales un siglo los ha convertido en una espesa masa oscura. Y en el interior de Honk-kong me sirvieron en determinada ocasión murciélagos fritos con arroz.

No hay razón de ascos posibles. A los japoneses les parece abominable que los occidentales comamos las menudencias de los animales, y no les agrada el sabor de nuestras comidas. A los chinos, en ciertas partes budistas sinceros, el matar animales para comer su carne les resulta repulsivo.

Y en Europa echan el maíz a los puercos, mientras en América se le come con fruición y se le acuerda grandes propiedades alimenticias. Tan variado es el paladar de los pueblos, que en Francia prefieren la perdiz *faisandée* a comerla con los sabrosos ingredientes de las famosas perdices de la Venta del Aire, de Toledo.

¡Ah, turistas cursis, que se tapan los ojos ante los taparrabos!...

¡Ah, señores ridículos, a quienes asquea saber que hay gente que come perros!

¿Qué dirían los "igorotes" si supieran que la turista norteamericana no puede acostarse sin colocar su dentadura postiza sobre la mesita de noche y el señor gordo, de traje blanco, su peluquín sobre la silla?...

ción han llegado hasta la cintura. De allí para abajo reina su sentido primitivo de la vida. Usan sombreros flexibles o "salacots" de paja, y hasta gorras. Se colocan camisas de variada factura, y hasta complementan a veces su atavío con alguna que otra muestra de nuestro vestir. Pero debajo del ombligo aparece, impertérrito, el taparrabos con sus dos caídas de flecos de color. En las minas de oro que he visitado, en las entrañas de estas montañas majestuosas, a muchos cientos de metros en su interior, y también a impresionante profundidad, he reído con la Policía que vigila los trabajos y mantiene el orden. Son indios igorotes de gran tamaño; llevan el sombrero de alas anchas de los soldados norteamericanos, con un gran escudo, una chapa de bronce muy reluciente sobre sus camisas blancas, una gruesa porra y... taparrabos.

Y hasta hace algunos años los soldados de la Costabularia (1), reclutados entre los indios igorotes para el servicio de la región, lucían, muy ufanos, sus casacas militares, el sombrero, las cartucheras, correaes y armas; pero mantenían sus taparrabos y sus pies descalzos.

Y así como el pantalón es para ellos un sinónimo de barbarie, dan muestras de repugnancia ante los planes hábilmente preparados para los turistas del lujoso Pines Hotel.

Para ellos, nuestra comida se trasluce en muecas de asco. Y es porque sus estómagos se han petrificado en el sabor de un gran manjar: los perros.

Cuando bajan al mercado los domingos es para hacer el trueque de sus artículos de madera labrada, sus tejidos o las pepitas de oro que extraen de la tierra, por los elemen-



La terrorífica caverna de las momias, adonde acuden los ancianos que sienten la proximidad de la muerte.

Pero más que ingenuo, este banquete de los "igorotes", comparado con el que suelen practicar, por sobre todas las prohibiciones, los indios de Bontoc, los "ifugaos" y los "kalingas".

Mucho más al Norte, y también a mayores alturas, otras tribus de indios viven en abierta rebelión contra la civilización occidental. No es rebeldía de combates, sino enconado antagonismo de sus costumbres contra las nuevas maneras que quieren imponer los hombres blancos. Ayer fueron misioneros españoles, hoy son educacionistas norteamericanos. Unos en nombre de Dios; otros en nombre de la ley, ambos por la civilización, quieren domesticar a esos



Bien plantado y elástico, el joven guerrero de las montañas tiene siempre listos los ojos y el brazo para colocar su lanza donde debe.

inquietos habitantes de las montañas que aman la guerra, sueñan con caer sobre las tribus vecinas, cortan cabezas, guardan los cráneos y se meten como hormigas, escarbando la tierra y rompiendo la roca, para descubrir el oro.

El rebanarle la cabeza a un adversario es hazaña de varones bien templados; y con sus machetes de doble filo o sus lanzas ponzoñosas, se lanzaban en años no lejanos al deporte de recolectar cráneos. Antropófagos, lo mismo les daba comerse a otro indio que engullirse un perro.

Poco a poco los misioneros españoles fueron anulando esas costumbres, y desde la implantación del régimen norteamericano, con el cual tomó impulso la región montañosa, las autoridades han penado en forma capital los inocentes juegos de los cortacabezas.

Pero no falta la ocasión, y cuando algún indio de éstos avista entre las montañas a un aborigen de una tribu rival, ni prédicas de misioneros ni leyes de la autoridad le impiden hacerle el flaco servicio de llevarse su cabeza de recuerdo.

Las fotografías de esta nota ilustrará al lector sobre los comedores de perro y los cortadores de cabezas.

Y llamo también la atención del lector que ha seguido la ruta del "ojo viajero" sobre la gruta de las momias. Cuando se sienten viejos y enfermos, estos indios acuden a una caverna a juntar codo con codo, y allí, sin preocupaciones de especie alguna, aguardan, sentados, la muerte.

(1) Fuerza armada.



PASTILLA, 1,30

Un higienista recomienda

para el tocador un jabón que no irrite; puro, de espuma untuosa; que limpie los poros y suavice como éste, expresamente hecho para cutis delicados.

HENO DE PRAVIA

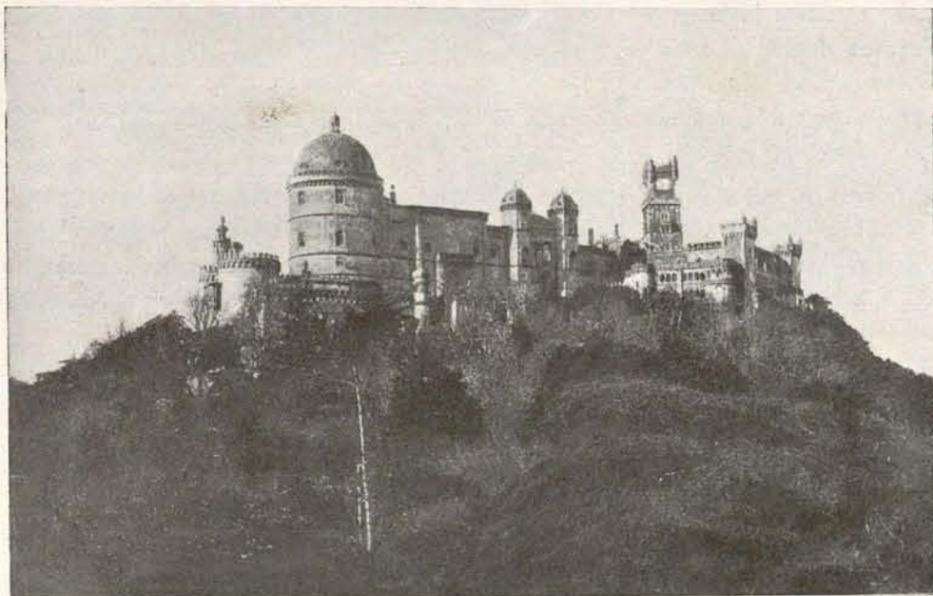
PERFUMERÍA GAL - MADRID - BUENOS AIRES

SI. NO. SI. NO. SI. NO.

NO BUSQUE MÁS

porque, indiscutiblemente, el NUEVO Purgante Yer, es el único en el mundo que evitará infinitos disgustos y contrariedades a todas las madres, y millones de lágrimas a los nenes, ya que su administración, por lo agradable que se hace al paladar, constituye una verdadera golosina.

F. L. H. G.



PORTUGAL EN LA SIERRA DE CINTRA

Por Fernando Allúe

*Pela serra de Cintra, onde murmura
A agoa, sob a verde ramaría...*

Por la sierra de Cintra, llena de agua y de verdura, de agua que canta y rompe en colares vivísimos su cristal, de verdura fresca y silvestre, en que los pinos, los eucaliptos, los limoneros, los castaños, los laureles lanzan sus puntas y erizan de belleza el paisaje, situamos ahora nuestro pensamiento. ¿Y cómo no volver a sentir el encanto único de su hermosura natural y revivir esas estremecidas emociones, repasando los versos de Teixeira de Pascoaes, el gran lírico portugués?

Sitúa el delicadísimo poeta de *As sombras* uno de sus admirables sonetos aquí, en la «serra de Cintra», y canta en él como el ermitaño Juan Bernardes, que vivía en la tierna compañía de una gacela, componía versos y se los decía a las flores, a la gacela, al agua pura, a la bella soledad de la sierra, en fin.

*...E os lía
A's flôres, a gazella, a agoa pura.*

Y en los ojillos vivos de su única compañera silvestre contemplaba la primera luz de la aurora, que le ordenaba rezar, y, a su vez, el manso animalejo, en los ojos del santo eremita, adivinaba a la estrella vespertina, que obligaba a recogimiento en paz y amor dentro de la gruta.

Es profundamente bello el poema, y tiene ese encanto risueño y jugoso de la visión directa, de la frescura natural del escenario.

Para el visitante de Portugal, el dulce y poco conocido pueblo hermano, Cintra es el punto más admirable y el que luego, en el sueño venturoso del recuerdo, deja más honda huella.

Abandonado el ferrocarril que desde el túnel del Rocío lleva a los pies mismos de la villa, la carretera se abraza a las colinas umbrosas y marca curvas cerradísimas; el arbolado ensombrece el aire y le pone una palpación de misterio; agudos promontorios se levantan al espacio, y, sobre uno de ellos, allá arriba, el «Palacio da Pena»—cumbre suprema del paisaje—alegra con sus colores gayos los verdes y morados perennes. Porque entre verdes y morados del bosque, bajo el esmalte del cielo, sube el camino. El viento azo-

ta, indomable, en lo alto, y el automóvil, por la empinada y estrechísima ruta, parece trepar inverosímilmente.

Palacio da Pena: punto central del paisaje. Castillo señero en la aguda cresta. Adentro, entre sus muros, guardados por la dentadura de sus almenas, por la negrura de sus fosos, duermen recuerdos con el cosquilleo curioso de lo reciente y casi vivido en un sueño infantil de cuento pasado. Retratos, muebles, alhajas, conservan todavía esa huella melancólica de un mundo apenas ido que vacila entre la Vida y la Historia.

Pero es afuera, lejos de las piedras y los muros, olvidados los azulejos que dan carácter a las paredes, proscritos los torreones y capulillas, apagado el rescoldo de las trágicas anécdotas reales, afuera es, ciertamente, adonde llama el latido vivo de la emoción y la fuerte belleza.

Abajo y lejos se abre en redondo el abanico del panorama como un gran mapa palpitante y encendido en colores. Es el mar a ambos lados, el estuario del Tajo, la vieja Lisboa durmiendo tendida a su orilla. Es el bosque siempre fresco, desparramada su arboleda hasta el sinfín del horizonte. Es el sueño gozoso de las «quintas» de recreo y lujo de los magnates portugueses: la de Monserrate, la de Pena Verde. Es el antiguo palacio real, el de allá abajo, perdido en la hondura del pueblo, con el humo cónico de sus dos torres características. Es el mar de nuevo, todo estañado de azules insospechados, bajo el otro azul, también insospechado, del cielo. Y es de nuevo—en retorno a nosotros mismos—este bello y agreste Palacio da Pena, que nos sustenta y nos sirve de mirador, aguda atalaya del frondoso bosque, al que volvemos la vista y el afán.

Nos alejamos de sus cúpulas y sus torres, destejando lo andado, mientras se empequeñece el perfil al descenso, quedándose sus muros, soberbios, en soledad altiva, allá arriba, posados en un nido gigantesco de eucaliptos y castaños, de laureles y pinos.

Otra vez, al retorno, nos asaltan los versos de Teixeira—espuma de lirismo y sueño—, con su fray Juan, el ermitaño, y la tierna gacela. En la hora del crepúsculo, la pobre alfaña adivinará en los ojos del varón la estrella vespertina que habla de paz y recogimiento.

*Pela serra de Cintra, onde murmura
A agoa, sob a verde ramaría...*

UNA VISITA A DON FRANCISCO SILVELA



T E X T O Y D I B U J O D E S A N C H A

Se aproximaba el 1900. Estábamos conviviendo con la generación del 98, ¡sin darnos cuenta, con tanto como había de hablarme después de esa generación! Ahora que me pasó como en el cuento de Sacha Guitry: que van a visitar a una centenaria de un pueblo unos periodistas y le preguntan:

—Se acordará usted de la guerra del 70?

—No, no, señor.

—¿Recordará usted entonces la derrota de Napoleón en Waterloo?

—No, no, señor.

—¿Pero se acordará usted de Gambetta?

—No, no, señor... Verá usted: lo que me ha pasado es que, como yo no sabía que iba a ser centenaria, pues no me fijé en esas cosas para contárselas a ustedes más tarde.

Todo era desilusión y desesperanza en el 98. Recuerdo haber oído al editor Contreras, diciéndole a Pío Baroja, que al tiempo era dueño de una tahona, en la librería de Fe, en la Carrera de San Jerónimo:

—¡Déjese usted de novelas! No escriba usted; dedíquese a hacer buen pan, y nada más.

Esto de que los Baroja tuviesen panadería era la envidia de todo el mundo. «Por lo menos no le faltará nunca el pan», se pensaba.

Se perdían las horas del día divinamente. En un piso bajo que tenía Contreras cerca de «El Imparcial», que no tenía muebles, entre una reja y una puerta se ataba un cordel y, Benavente, dando la mano a un amigo, hacía equilibrios en la cuerda floja.

Cleo de Merode era el tipo de mujer representativo de la época, y en Madrid tenía sus imitadoras. La hermana de un dibujante catalán que vivía en Madrid se paseaba por la calle de Alcalá con trajes de terciopelo negro de cola y peinada con los bandos clásicos de la amante del rey Leopoldo de Bélgica.

Poetas glaucos, como entonces se decía, y decadentes, escribían libros de homosexualismo. Recuerdo uno de ellos muy celebrado, que terminaba diciendo: «Decidíos, ¡oh indecisos!»

Los versos de Cirano de Bergerac se sabían en Madrid de memoria. Leal da Cámara y yo andábamos trampeando la vida malamente y decidimos marcharnos a París, acordando organizar el viaje cada uno por su lado y por nuestra cuenta, y en busca de trabajo nos presentamos una noche en la redacción de «El Liberal». Nos recibió enseguida su director, D. Miguel Moya. No se hacían antenas ni nadie se daba categoría.

Entramos en la redacción, y en una mesa muy larga trabajaban juntos todos los redactores. Recuerdo entre muchos a Alfredo Vicenti, Arimón, Pepe Loma, Enrique Rivas, Antonio Viérgol, «El sastre del Campillo», Antonio Palomero, «Palomerín», como le llamaba todo el mundo, porque era muy pequeñito, y al vernos entrar a los dos con las carpetas, que no dejábamos nunca, dijo, presentándonos:

«Son los cadetes de la Gascuña, que a Carboncillo tienen por capitán.»

El Cirano salía a cada paso.

Don Miguel Moya, con su gran barba y su bigote mayor aún, y con aquella bondad paternal que era su característica, nos hizo acercarnos a él. Trabajaba D. Miguel en una especie de hornacina frente a la mesa de redacción, donde sólo cabía su mesa de despacho, y decoraban la entrada de aquel recinto adornos de madera y metal «art nouveau», creados por el pintor húngaro Muchá, que inundó el mundo con aquellas señoras de pelos en telaraña y llenos crisantemos, y ¡aquella arquitectura que siguió!, de la que nos legó en Madrid un monumento en la casa construida por la familia Longoria. (De todo este arte he de decir, entre paréntesis, y de ahí el por tantos motivos mi admiración a ese país, no entré nada en Inglaterra.)

Don Miguel Moya nos hizo pasar a su hornacina y estaba encantado de nuestra juventud, deseosa de hacer algo, y desde aquel mismo momento quedamos como redactores caricaturistas de «El Liberal».

Salimos a la calle a las dos de la mañana, y en aquella misma hora quería Leal da Cámara que nos encargásemos tarjetas de visita en que constase nuestro nuevo cargo.

Al día siguiente quedamos citados para ir a una imprenta, y nos encargamos un ciento de tarjetas cada uno. Las tarjetas eran grandes, hermosas:

Leal da Cámara
Caricaturista de EL LIBERAL

Sancha
Caricaturista de EL LIBERAL

Y ya creíamos tener todo resuelto empezando a repartir tarjetas a todo el mundo. Fué para nosotros el estar en posesión de estas tarjetas como un salvoconducto del cual todo lo esperábamos.

He de decir que yo estaba también «disfrutando» una pensión de la Diputación de Málaga, que había de durar un pe-

riodo de siete años. Concedida a mí por esta entidad a la muerte de mi padre para que estudiase la carrera que me viera en gana: mas habían transcurrido ya cuatro años de la fecha de la concesión y no había cobrado ni un céntimo.

Don Francisco Silvela era presidente del Consejo de ministros y ministro de Estado de la Regencia. Yo recordaba que había sido amigo de mi padre, que estaba casado con una malagueña perteneciente a una familia en la que todos habían dedicado la vida en favor de la humanidad. D. Francisco Silvela, todo el mundo lo decía, a más de su gran talento, era cordial y buenísima persona. Una idea genial tuve un día muy de mañana; pensé en mis tarjetas, en el objeto para que fueron creadas, y me fuí a visitar al señor presidente del Consejo de ministros.

Estaba entonces la Presidencia en uno de los pisos bajos de Palacio: me dirigí al portero de tanda, tarjeta en mano, y le pedí que me anunciara.

—¿D. Francisco Silvela?

—Siga usted aquel pasillo. ¿Ve aquella puerta abierta? Pues allí está él.

Me había quedado con la tarjeta en la mano, y pudiendo ver al presidente tan llanamente no era cosa de pasarle mi tarjeta yo mismo, y me la guardé.

Estaba D. Francisco solo, escribiendo en su mesa de despacho:

—¡Adelante! Pase usted. ¿Qué deseaba?

—D. Francisco, yo soy un dibujante de «El Liberal» que deseaba hacer un apunte de usted.

—¿Tarda usted mucho?, porque me está esperando la Reina.

—No, señor; lo hago muy pronto.

—Un poco más hacia mí, D. Francisco; así, muy bien...—y entre trazo y trazo me bullía a mí por dentro lo que llevaba entre ceja y ceja.

—D. Francisco, ¿usted conoce a mi familia, verdad?

—Sí, sí; conocí a su padre...

—Pues verá usted...—yo seguía dibujando para retenerle—. Yo... tengo una pensión de la Diputación de Málaga, pero desde que me la concedieron, hace años, no me han pagado nada... ¿Podría usted infuir para que me pagasen parte de ella, porque me quiero marchar a París?

Ya había dicho todo, y aunque no lo consiguiera, un descanso sedante de apoderó de mí.

Don Francisco sonrió y me dijo:

—De la Diputación de Málaga es imposible conseguir eso: ¿pero que necesitaría usted para marchar a París?

—Mil pesetas, D. Francisco—tuve que sentarme con pretexto de arreglar el dibujo, porque me desmayaba. Mi arrojó, la cifra, enorme en aquella época, todas esas cosas, daban vueltas en mi cerebro y no podía más esperando la impresión que le haría.

—Bueno, mire usted—me dijo—, yo ya tengo que marcharme porque tengo Consejo, pero déjeme usted su dirección y yo le contestaré.

Me despedí y salí triunfante; no esperaba nada, pero había visto al presidente del Consejo, le había hablado con desenvoltura y no había dejado de decir nada de lo que quería; sino pasaba nada, no era mi culpa, y salí de Palacio mirando a porteros y policías como a gente de casa.

Aquella noche salí con Leal da Cámara, no le dije ni palabra del paso que había dado, pero algo debí notar a mí cuando no hacía más que mirar y decirme:

—A ti te pasa algo, te encuentro raro.

Yo varié la conversación, pues no quería que me llamase ingenuo, como me decía siempre que me forjaba ilusiones, pues perder la ilusión de la fabulosa cifra solicitada hubiese sido espantoso; prefería conservar la fe, y guardé el secreto.

A mí siempre me ha producido sorpresa y emoción el recibir contestación a una carta. Después del trabajo de escribir uno la suya, siempre he pensado que no había nada que esperar, y así pensaba de mi visita, pero no fué así.

Un día, al llegar a casa, la patrona de la casa de huéspedes donde vivía, con gran emoción, me entregó una carta:

—Ha venido un portero de la Presidencia del Consejo de ministros y ha traído una carta para usted.

El membrete del sobre lo decía bien claro: «Presidencia del Consejo de ministros.»

Mi primera impresión fué no abrirla, pero me decidí. La carta decía así:

«El Excmo. Sr. Presidente del Consejo de ministros me ordena que avise a usted para que tenga la bondad de pasarse por esta Presidencia lo antes posible, de tal a tal hora. De usted, etc., *Secretaría de la Presidencia.*»

Al día siguiente, con toda puntualidad, estaba en la Presidencia, y el portero, que ya esperaba mi visita, me hizo pasar a un nuevo departamento. No hubo necesidad de grandes requisitos: poner mi firma en un recibo y cobrar mil pesetas en un solo billete... Yo no lo creía verdad, y al contemplarlo, me parecía un billete de anuncio. Aquel día no pude ver a D. Francisco Silvela en la Presidencia, pero le vi en su casa, y no supe tener palabras bastante expresivas para demostrar mi agradecimiento.

Mi salida del Ministerio con aquella fortuna no sabría describirla. Me encaminé al café Suizo, en donde debía algunas consumiciones, amén de unas pesetas a un camarero amigo:

—¿Qué le debo yo a usted, Pepe?

—No se preocupe usted, D. Francisco, no corre prisa.

—Es que necesito cambiar, Pepe...

La sorpresa fué indescriptible al contemplar en mi poder un billete de mil pesetas, y ya no pude más, destapé todo mi secreto. La idea de mi viaje a París, el origen del dinero... ¡Todo!

—Pues que sea para bien y para muchos años—dijo Pepe.

Se debía referir a mi viaje, porque respecto al billete, lo de durar muchos años era pura quimera.

Cuando el viejo Samuel se rapó las barbas

Por MANUEL IRIBARREN

Apoyado el carrillo en la manaza gordiflona, Samuel Martínez quedó suspenso de un hilo de telaraña invisible ante las páginas optimistas del libro Mayor, tatuadas con la huella grasienta de sus dedazos. Sus ojos, hueros de imágenes, se fijaron en la techumbre resquebrajada con un fulgor lechoso e impreciso. En un momento sentía abírsele ante sí todo el vacío de su existencia. Frisaba en los linderos de la vejez; sus años póstumos estaban asegurados de toda contingencia económica: era rico, muy rico. Pero... La soledad, que constituyó hasta entonces su propio elemento, comenzaba a fastidiarle, y aquel fastidio entrañaba serios disgustos de índole moral y material. Todo cuanto le rodeaba se le antojaba hostil. La misma lealtad de Ruperta, que le servía desde hacía treinta años con estúpida mansedumbre, le parecía sospechosa, pues tras ella adivinaba el hipócrita deseo de heredarle. La fealdad de aquella pobre mujer, en la que apenas si había reparado durante tanto tiempo, últimamente le repugnaba. Sus ojos heridos, sus greñas, indómitas y sucias; la mugre de sus faldas y hasta aquella actitud perruna que todo lo acogía con humildad, le eran insoportables y excitaban en él frecuentes gruñidos.

En aquella habitación irregular y maloliente había transcurrido lo mejor de su vida. ¿Y qué fué lo mejor de su vida? Una laboriosidad constante, una ambición sin límites, pocos escrúpulos... Al hacer el balance de sus actos, Samuel Martínez sentía su conciencia apolillada. Los años afanosos se presentaban repentinamente en su imaginación con la angustia del tiempo perdido en forcejeos estériles. Si él se hubiese casado en su juventud con una mujer hacendosa y bonita—¿por qué no?—, a estas horas tendría un hijo mozo que justificaría sus desvelos, o una hija agraciada en estado de merecer. Bien pudo suceder que el hijo le saliese un muchacho inteligente y estudioso. ¿Con qué emoción hubiese alentado él sus proyectos! ¿Y si en vez de hijo hubiese sido hija? Una criatura deliciosa y alegre como un cascabel... Los labios gruesos de Samuel Martínez bosquejaron una sonrisa. Su corazón se había enternecido. Hacía muchos años que no experimentaba semejantes sensaciones. Pero, de súbito, torció el gesto. ¿Y si en lugar de un hijo o una hija hubiese tenido que soportar el despotismo y la algazara de una floccena de bigardos, que le habrían comido hasta los codos! No. Los hijos producen más disgustos que satisfacciones. Lo estaba viendo todos los días. Era preferible escarmentar en cabeza ajena. Sin embargo, no conseguía llenar el vacío de su vida. Aquella habitación, con sus muebles vetustos y empolvados, era como el resumen de ella. El pupitre, de caoba flonde tantos y tantos números había emboronado con codicioso afán. El viejo quinqué, cuya luz mortecina alumbró sus reladas, no exentas de sobresaltos, hasta que, un poco remolón con el progreso, se decidió a instalar la luz eléctrica. Los butacones, ya derrengados; el entredós con sus jarrones de flores de tela, encerrados en fanales de cristal...

De pronto, Samuel Martínez advirtió que el empapelado de las paredes estaba roto en algunos trechos; que la alfombra y el tapizado de las butacas habían perdido por completo el color; que el techo, desconchado, rezumaba. Aquellas manchas oscuras de humedad tenían por causa indudable alguna gotera. Habría que avisar al albañil.

Todos los rincones de la casa guardaban para él recuerdos familiares, no siempre gratos. Su pobre madre se pasó meses enteros en la cama. En aquella buhardilla murió, una noche de enero, cuya sola evocación le hacía tiritar. Si ella viviese ahora, vería con júbilo que la casa le pertenecía. Samuel la compró principalmente por complacer al espíritu de su madre, que se pasó la vida soñando en tener casa propia, y porque nadie profanase su recuerdo, impreso y latente allí

Samuel Martínez no ignoraba que en la pequeña ciudad no tenía simpatías. Le habían puesto fama de avaro, no sin fundamento, y algunas comadres, valedoras de la moral, achacábanle la explotación de dos casas de lenocinio. Esto, a decir verdad, no le preocupaba. Lo que sí le remordía la conciencia era la partida serrana que le jugó a Mariano López, su mejor amigo. Aquella mala acción, como él mismo la calificaba sin atenuantes, fué el cimiento de su fortuna. En el transcurso de los años, lejos de borrarse de la memoria, su

DIBUJOS
DE
GUTXI



La soledad, que constituyó hasta entonces su propio elemento, comenzaba a fastidiarle.

granujada iba aumentando de volumen, y causábale escozores en el corazón. Engañábase a sí mismo con la esperanza, siempre remota, de una posible restitución.

Allá en sus años mozos Samuel Martínez empezó por ser amanuense de un notario bastante cicatero. Meses después con lo poco que ganaba y los pequeños ahorros que le dejaron sus padres, emprendió algunos negocios de baja estofa—un baile público en un local cerrado, un tabernucho en el barrico de la Estación—, en los que bien pronto obtuvo un éxito insospechado. Algún tiempo más tarde, Mariano López, que admiraba sus cualidades emprendedoras y que disponía de cierto capital, le propuso establecer juntos una pequeña fábrica de azúcar de remolacha, y conjuntamente, si las cosas se presentaban bien, una destilería de alcohol. Samuel aceptó sin vacilaciones, lo cual no era habitual en él, que nada tenía de expeditivo cuando de asuntos con el prójimo se trataba. El se encargaría de la parte administrativa y Mariano correría con la parte técnica. Desde el primer instante Samuel adivinó que el asunto prometía pingües beneficios. Así se lo expuso a su amigo y consocio, quien, teniendo una prole bastante numerosa y siendo de suyo mal administrador, comenzó a gastar sin freno, alentado por el propio Samuel, que al punto previó y acarició las derivaciones de su estratagemata. En efecto, el negocio comenzó bajo los mejores auspicios, aunque Samuel, taimadamente, se cuidaba de retener y traspapelar algunas cartas—pedidos importantes—. Este hablaba de ganancias fabulosas, y su amigo, excesivamente confiado, sin cuidarse de examinar los libros, seguía dilapidando grandes sumas, mientras Samuel procuraba, celoso, no retirar ni una peseta de los intereses que le correspondían. Hasta que, al cabo de cuatro años, cuando nuestro hombre creyó colmadas las cifras de su haber, provocó un altercado violento, exigió la liquidación de la sociedad y se encontró con que todo le pertenecía. El pobre Mariano, de la noche a la mañana, se vió en la calle, sin un céntimo y con el crédito perdido. En un principio, pensó en suicidarse; pero como su mujer le descubriera la pérvida maniobra de su consocio, optó por la venganza. Si, se vengaría de un modo ejemplar. Claro que las súplicas de la esposa le disuadieron, y un día, él y su

prole, desaparecieron de la ciudad para siempre. Samuel nada había vuelto a saber de ellos.

En esto, el roce de unas zapatillas en la tarima le sacó de sus meditaciones. Samuel levantó la cabeza y vió dibujarse ante sí la figura titubeante y estrafalaria de la sirvienta. Ruperta, como un garabato, lucía sus greñas hirsutas con expresión sufrida.

—Señor—murmuró la sirvienta, sin rebasar el umbral—, voy un momento a la carnicería. Si piensa usted salir, lleve paraguas. Está lloviendo.

—¿Crees que no tengo oídos?—rezongó Samuel.

En efecto, muy próxima se oía la música de los canalones y el repiqueteo de la lluvia en los cristales.

—Parece mentira—añadió Samuel, irónico, reteniendo con su voz a la sirvienta, que se disponía a marcharse—. A pesar de tus años, no has aprendido todavía a peinarte. Juraría que lo haces con algún peine sin púas.

Y Samuel se rió con estrépito, confundiendo la docilidad de Ruperta, que se esfumó en la negrura del pasillo, más rápidamente que de costumbre.

Al mismo tiempo separaba el sillón del pupitre, arrastrándolo, y se ponía en pie con trabajoso desdoblamiento de riñones. Casi se les oyó crujir.

Samuel Martínez era un hombre grueso, linfático. Llevaba los pantalones con arrugas de acordeón, y sus chaquetas, salpicadas de grasa, tenían unos bolsillos enormes, sin fondo, llenos de papeles sucios. Sus ojos estaban apagados; los párpados, en forma de bolsa, acusaban un temperamento albuminoso. Nada tan descomunal como sus orejas, de grandes lóbulos colgantes. También sus carrillos, flácidos, eran grandotes, cubiertos de una barba rala, ni negra, ni blanca, ni amarilla. Aquella barba pringosa era indudable que le envejecía. Samuel se convenció de ello al contemplarse en el espejo empañado, cosa inusitada en él, que nunca se preocupó de su persona. ¿Y si la rapase? Precisamente aquel día era sábado, y también el pelo lo tenía bastante crecido. Iría a la barbería.

Ya se disponía a salir, con el paraguas bajo el brazo, cuando el estruendo de un motor de gasolina le paralizó. Sí, era el maldito camión que ocupaba uno de los locales bajos de su casa, ¡su mayor enemigo! Le tenía declarada una guerra sorda, pero a muerte. Aquel monstruo de ruedas de goma maciza, aquel U. S. A. horrisono, que hacía retremblar todos los cristales, solía despertarle a media noche o de madrugada la mayor parte de los días, y el estrépito de sus explosiones y el ruido escandaloso de su afónica bocina le producían una inquietud insuperable. Lo malo es que no lo podía desahuciar. Las leyes de inquilinato se habían puesto imposibles para los dueños.

Samuel Martínez se encaminó a la barbería resguardándose de la lluvia primaveral que enfriaba el ambiente. En la torre de la iglesia de San Agustín dieron las ocho. Como vispera de fiesta, la barbería no se cerraba hasta la hora de cenar.

Samuel penetró en el establecimiento, que se encontraba bastante concurrido, y se dispuso a aguardar su vez hojeando la Prensa. La barbería es lugar de tertulia muy español, donde se habla y se discute de todo lo humano y lo divino. Samuel, que era muy suspicaz, aunque fingía leer, escuchaba con el oído atento. En el momento de entrar no le pasaron desapercibidas ciertas tosecitas mal intencionadas con que se acogió su presencia. Pero esto a él le importaba un ardite.

Mientras le llegaba su turno, Samuel pudo advertir que uno de los oficiales le era desconocido. Parecía atento con los parroquianos, y su persona, agradable y joven, no estaba desprovista de cierta distinción. Samuel le miraba con curiosidad, cuando vio que uno de los clientes que acababa de entrar en el establecimiento se dirigía al nuevo oficial y le saludaba en términos cordiales:

—¡Hola, López! ¿Cómo te va? Ayer mismo supe que estabas aquí. No te hubiese reconocido. Eras tú pequeño cuando os fuisteis.

La atención de Samuel Martínez quedó prendida en aquellas frases vagas, que, no obstante su vaguedad, le estremecieron de los pies a la cabeza. López se llamaba su expoliado

amigo. Claro que hay muchos López en el mundo. Pero coincidía que entre la numerosa prole de su ex consocio dos o tres mozalbetes tendrían ahora aproximadamente la edad del oficial. Samuel recordaba a la perfección las facciones del primogénito, y hasta recordaba, con propia extrañeza, su nombre de pila: se llamaba Alfonso.

En esto, la voz del cliente, que se dirigía de nuevo al oficial, le penetró en los oídos como una saeta de fuego.

—Oye, Alfonso—el oficial volvió la cabeza—, tu padre murió, ¿no?

—Hace ya seis años.

—Qué, ¿se acordaba mucho de estos viejos lugares?

—Le dolía acordarse. Ya sabes que aquí no tuvo suerte. Le fué muy mal en sus negocios...

Samuel sintió un escalofrío medular que puso un temblor convulso en sus labios. Eran ya demasiadas coincidencias. Miró con el rabillo del ojo y, no sin espanto, creyó descubrir en la fisonomía del oficial los mismos rasgos del difunto Mariano López. El desdichado había muerto ya, según acababa de oír... No cabía duda, aquel joven era su hijo. Seguramente que él no ignoraría las causas del fracaso económico de su padre. Acaso había venido a la ciudad sólo con el propósito de vengarle. ¡Ay de Samuel Martínez! Por un momento el viejo avaro pensó en escabullirse de la barbería; se disponía a ello, cuando le sorprendió el ademán cortés del nuevo oficial:

—Pase usted, señor.

Samuel descubrió en su sonrisa una intención aviesa que le dió miedo. Pero no tuvo valor para resistir, y con paso vacilante se dirigió al sillón que le esperaba, irónico, abiertos los brazos, con el macabro perfil del sillón de las ejecuciones. Fatalmente, moriría degollado.

—¿Qué va a ser?—inquirió el oficial, siempre atento.

—La barba..., rapar la barba...—respondió Samuel, tartamudeando, a tiempo que se acariciaba la mejilla con mano temblorosa.

El oficial comenzó los preparativos. Samuel no le quitaba ojo. Al verle enarbolar las tijeras, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, pero se dejó hacer. Las tijeras, manejadas con maestría y alarde propios del oficio, en poco tiempo redujeron su barba incolora a la mínima expresión. Ahora em-

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS Ptas. 6
CUBIERTO SELECTO.

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO :- PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

FRUTAS ARGENTINAS

PERAS DE AGUA, MELOCOTONES Y CIRUELAS — ESPARRAGOS DE ARANJUEZ

MUNOZ

BARQUILLO, 20 TELÉFONO 10506



Salió a la calle como un fugitivo, sin reparar en nadie ni en nada.

pezaría lo terrible. Mientras la brocha le jabonaba la cara, su respiración, gradualmente, se hizo fatigosa. Con indescriptible angustia le vió suavizar la reluciente navaja, que no tardaría en seccionarle el cuello. El momento culminante se aproximaba. Aunque pensó sujetar la muñeca del oficial, el temor paralizó sus movimientos. Inmovilizado así, era ya una víctima propiciatoria al sacrificio. La tragedia era inminente... Pero en el instante fatal, la navaja resbaló con suavidad por su mejilla. Del pecho de Samuel se escapó un suspiro involuntario. Sin embargo, el peligro persistía. Al afeitarse el cuello, Samuel creyó que la navaja, fría y vengadora, iba a penetrar en su piel y cortar la yugular. Pero también aquella amenaza pasó.

Al cabo de algunos minutos, que fueron una eternidad de angustias y sudores, Samuel se vió afeitado ante el espejo. No consintió en una segunda pasada, y se levantó del sillón con presteza, casi de un salto. De buena se escapaba si salía. En el espejo no se había reconocido. Fué una mala ocurrencia raparse las barbas, que, aparte su antigüedad venerable, le daban carácter y autoridad. ¿Qué diría Ruperta? Samuel ya no era Samuel. Pero estas preocupaciones le duraron poco, y abandonó la barbería sin despedirse, pálido, desencajado, ante el asombro del nuevo oficial, que vió relucir en su mano una peseta de propina.

Samuel salió a la calle como un fugitivo, sin reparar en nadie ni en nada. A cada paso se acariciaba la mejilla con visible contrariedad. Había cesado de llover.

En su indescriptible alborozo por haber salvado la vida, Samuel Martínez experimentaba un no sé qué impreciso que le producía hondo desencanto. Fué mala ocurrencia raparse las barbas. ¿Qué dirían los inquilinos cuando le viesan?

En estos pensamientos, confuso, atolondrado, se dispuso a cruzar la calle. Hombre prudente, en aquella ocasión no se cuidó de tomar precauciones y continuó su marcha apresurada. Dos pupilas enormes y un ruido formidable, inconfundible, le sacaron de su abstracción. Era el maldito U. S. A. Samuel se encontraba en medio de la calle. El camión se le venía encima. ¿Le daría tiempo para pasar? La voz ronca y ordenancista de la bocina apremiaba. Samuel vaciló, quiso retroceder; pero su falsa maniobra desconcertó la pericia del chofer y en un segundo fué atropellado. Las ruedas delanteras destrozaron el cuerpo de Samuel Martínez, y en el lugar del pavimento hicieron vino de sangre.

A tiempo de ocurrir la desgracia, el faro izquierdo del camión esbozó un guiño, que fué para la pequeña ciudad como una contraseña vindicativa.



La recolección del azafrán, tal como se la ve en la película de D. Gonzalo Menéndez Pidal.

El cinematógrafo, hijo de Europa, se escapó de la casa paterna en cuanto pudo andar solo, y quiso—producto, al fin y al cabo, del siglo XX—educarse en los Estados Unidos. De allí nos ha enviado lo peor y también lo mejor de todo lo que hemos visto en la pantalla.

Pero puntualizado esto, es preciso afirmar que ha vuelto a nosotros—nuevo hijo pródigo—en un estado lamentable. El cine yanqui tiene hoy día sobre sus hombros la ingente responsabilidad de haber desvirtuado el sentido genuino del cine con la introducción del teatro en los estudios cinematográficos. Y esto, que al principio fué sólo un resabio que se traducía en la producción de films teatralizados, hoy día, con el cine sonoro, ha alcanzado proporciones tan insospechadas, que es difícil ver películas americanas—y las europeas, por inercia—que no sean teatro filmado. Esto es aterrador, porque el cine ha tomado vía muerta. Se han olvidado de la imagen, es decir, del cine, y sólo recuerdan el texto, es decir, el teatro. Y así como en las malas películas del cine mudo salíamos cansados de leer, hoy abandonamos las salas de proyección hartos de escuchar retórica trasnochada. Es evidente que no van quedando más directores estrictamente cinematográficos que los autores de las películas de dibujos animados. De ellos, en este sentido, hay mucho que aprender.

Resultado de esto es que en el cine, formado no por un solo cuerpo, sino, como hermanas siamesas, por una dualidad, arte y ciencia, mientras ésta crece vigorosamente y nos anuncia ya—cine en colores, cine en relieve—nuevos avances formidables, el arte va quedando canijo y tan a retaguardia, que reclama con urgencia aceite de hígado de bacalao.

El cine, pues, desde el punto de vista artístico, lleva varios años estacionado. No queremos explicarnos esta paralización con la conclusión tristísima de que el cinematógrafo es un instrumento tan prodigioso que rebasa las posibilidades humanas. Es decir, que el hombre no sabe todavía utilizar un instrumento que él mismo ha inventado.

Me falta materialmente tiempo para analizar aquí las tendencias actuales del cine. Veamos solamente una de ellas, la más interesante quizá y, desde luego, la más apropiada para el lugar en que estamos.

Es inútil pretender demostrar la eficacia inmensa del cine en la enseñanza. Y es inútil, porque sobra toda propaganda. Que el cine tiene un valor educativo insuperable es una verdad axiomática: se demuestra por sí misma. Constituye, por ello, una de las preocupaciones de los Estados de todos los países cultos. Voy a leerlos unos datos—muy pocos—facilitados por el Instituto Internacional de Cinematografía educativa de la Sociedad de las Naciones. El Gobierno austriaco ha creado el Instituto de Cultura Cinematográfica. En Polonia se introduce el cine en todas las escuelas. El ministro de Instrucción pública de Hungría crea la Comisión del Control Cineducativo; en Alemania, el cine es declarado medio auxiliar de enseñanza en las sesenta mil escuelas del Reich; los Estados Unidos fundan el American Film Institute, con la misión social de controlar las películas de enseñanza; hasta en China, la Universidad de Nankín ha iniciado una obra activa de propaganda para difundir por el país films industriales y educativos, mudos y sonoros. En Rusia funciona, en Moscú, desde hace seis años, la Universidad del Cinema. La escolaridad es de cuatro años, especializándose los alumnos

ACTUALIDAD DEL CINEMA FRAGMENTO DE UNA CONFERENCIA

POR

GREGORIO MARAÑÓN MOYA

según sus preferencias: operadores, directores, actores, etcétera. En esta Universidad, única en el mundo, y a la que pertenece Einstein, existen, además, espléndidos laboratorios de investigaciones experimentales. Pero el Estado que sin duda alguna más se ha preocupado del cinematógrafo es el italiano. Ha creado una subsecretaría del cine, que es la primera organización mundial del cine educativo. Hace poco, Mussolini ha asignado en los nuevos presupuestos la cantidad de diez millones de liras anuales con destino a la enseñanza y a las industrias cinematográficas. Y en estos días Roma festeja solemnemente, con Luis Lumière como huésped de honor, los cuarenta años del cine.

Nuestro ministerio de Instrucción pública permanece filosóficamente ajeno a este magnífico movimiento internacional. Sólo un hombre inteligente—D. Fernando de los Ríos—que, como es lógico, fué en el ministerio un ministro inteligente, creó las Misiones Pedagógicas, que se desparramaron, equi-



Deshojando la rosa del azafrán, esta auténtica campesina es un elemento documental más en el film del Sr. Menéndez Pidal.

pos de cine auestas, por las aldeas de España. Luego, el ministerio ha cerrado de nuevo sus poros a la realidad nacional.

La película de Gonzalo Menéndez-Pidal *Reportaje breve de España* es una de las primeras que ha realizado, y es, por lo tanto, una de las menos perfectas. La he traído aquí, sin embargo, porque puede presentarse ante cualquiera como ejemplo de lo que debe ser un documental.

Ya vimos, al hacer la historia del cine, cómo éste inicia sus primeros pasos realizando documentales. Hoy, después de cuarenta años, es el documental una de las pocas esperanzas de salvación que aún le quedan al cinematógrafo.

El estilo de Menéndez-Pidal es la sencillez, la facilidad, y



También se asoma a la cámara este espartero castellano, que no siente la menor sorpresa, porque el castellano ya no se asombra de nada.

por eso, su película, como la fábula, se explica por sí misma y sobran los letreros. En brevísimos minutos desfilan ante nuestros ojos, con una extraordinaria potencia plástica, una serie caprichosa de escenas, cada una de las cuales puede simbolizar a nuestra patria: los campos de Soria, la pastora de León, un monje afanado sobre su manuscrito tras de los gruesos paredones del convento austero, la Guardia civil, la romería y la trilla, los molinos de la Mancha, cuyas aspas nostálgicas se han parado de tanto añorar inútilmente al *Quijote*, porque, desgraciadamente para España, el tiempo de los quijotes ha pasado ya. Y vemos también las caras curtidas de una mujer y un hombre de Castilla asomándose con infinita placidez ante la cámara, sin la menor sorpresa; y es que el castellano tiene demasiados siglos de civilización sobre sus espaldas para asombrarse ya de nada.

Luego proyectaremos *El Aventurero*, una de las primeras comedias de Charlot, una de esas viejas películas suyas, cuyo encanto es indescriptible, o que yo, por lo menos, no acierto a describir.

—¿Cómo hace usted sus películas?—preguntaron una vez a Charlie Chaplin.

—Con pedazos de mi vida—contestó.

No ha habido poeta alguno que supere esta definición de cómo un artista forja su propia obra.

A Charlot, como a *Don Quijote*, le mueve siempre el instinto de la mujer. No de las mujeres, sino de una sola mujer. Después de esto, todo lo demás le tiene sin cuidado. Para mí, lo más patético de todo lo que representa este personaje maravilloso es que desprecia el destino y se lo regala indolentemente a la casualidad. Charlot es un soñador. Descubramos ante él.

Y termino ya de una vez. Hubiera querido hablaros de otras muchas cuestiones: del cine *amateur*, del cine y la Historia, de los Cineclubs, del tránsito del cine mudo al sonoro, etc. Pero no hay tiempo para todo.

En el horizonte que hemos examinado hemos buscado con ahínco y con afán un nombre: el de España, y con desaliento hemos descubierto que lo buscábamos inútilmente. España no existe para el cine, y el cine, a su vez, no existe en España.

Hace pocos días, sin embargo, hemos tenido momentos de esperanza viendo la película *Nuevas rutas*, de Adolfo Trotz, Obregón y Goyanes. Hasta hoy, no es más que la excepción que confirma la regla.

Somos, pues, a este respecto, profundamente pesimistas. Pero nuestro pesimismo no significa la propensión a ver y juzgarlo todo en su aspecto más desfavorable. No. Nuestro pesimismo—pesimismo de juventud, al fin y al cabo—significa una sola cosa: disconformidad.

Disconformidad del presente, que es esperanza del mañana. Y así como el nómada del desierto, pegando el oído sobre la arena tórrida, oye soterraño el galopar de las tribus que se acercan, así nosotros, llenos de fe, oímos también de las entrañas de la patria los latidos del futuro que se aproxima y en el cual el cine nacional será una espléndida realidad. Y esto acontecerá cuando, antes y por encima del cine, hayan cambiado tantas y tantas cosas en España que nuestro pesimismo de hoy se trocará en una dura y optimista conformidad.

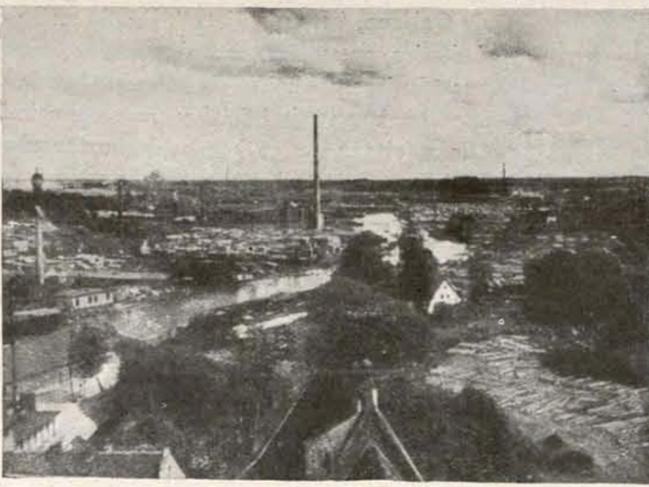
FOTOS GOYA
DE
ANGEL ARACIL

Trasladó su Estudio
de Caballero de Gracia
a PELIGROS, 14

FEDERO
SASTRE

Eduardo Dato, 10
Teléfono 21884





Vista de una ciudad de Memel.



El Presidente de la República lituana.



Otra vista de una población de Memel.

POLITICA INTERNACIONAL

Memel, en el ruedo de las relaciones continentales

Por JAIME MENENDEZ

¿Será Memel la mecha que encienda otra catástrofe europea?

Memel, una pequeña ciudad báltica y sin triángulo de territorio, con unos 140.000 habitantes en total, ha sido uno de los factores que más han pesado en las recientes conversaciones anglogermanas y atrae actualmente la atención de quienes estiman que para el sostenimiento de la paz no es nada saludable seguir alentando la existencia de estos focos de perturbación y rozamiento. Este pequeño gran problema europeo ha sido exhibido por Hitler para negarse categóricamente a suscribir un pacto de no agresión y mutua ayuda en el Este del Continente, y ha sido interpretado por sir John Simon como una cuestión de la que no pueden desentenderse ni las potencias vecinas ni otras sobre quienes pesa la responsabilidad de velar por el cumplimiento del estatuto de 1924. Antes de que se suscitase el pretexto de que se aprovecha Alemania para movilizar fuerzas, influencias y dinero, el proceso y la condena recaída sobre los 126 encartados en un *complot* para separar a Memel de Lituania, la situación era ya grave allí.

Debe Memel su existencia autónoma al Tratado de Versalles. Dice este documento, en el artículo 99: «Alemania renuncia en favor de las potencias aliadas y asociadas a todos los derechos y títulos sobre los territorios comprendidos entre el Báltico, la frontera Nordeste de la Prusia Oriental, tal y como se define en el artículo 38 de la parte segunda (fronteras de Alemania)... y la antigua frontera entre Alemania y Rusia...» La frontera a que aquí se alude es la trazada por el curso del río Niemen, que desemboca en el puerto de Memel.

En los meses en que se negociaba el Tratado de Versalles se desconocía aún la condición definitiva que había de darse a territorios bálticos, como Lituania. En el caso de que esta pequeña potencia asumiese una posición independiente, tendría opción preferente a la soberanía del territorio y el puerto de Memel; en caso contrario, quizás Polonia, que deseaba extenderse hacia el norte y el este, ocupase su lugar. La cuestión más importante para los estadistas reunidos en Versalles era no dejar a Lituania sin un puerto en el Báltico.

Mientras no se decidiese su *statu* definitivo, Memel sería regido autónomamente, bajo la supervisión de Francia, Inglaterra, Italia y el Japón. Estas potencias continúan, en el papel al menos, ejerciendo funciones supervisoras sobre este territorio o sobre la forma en que Lituania lo gobierna. No hace muchos días que tres de ellos—el Japón se ha desentendido por considerarse desligado de las cuestiones europeas—han dirigido un comunicado a Kovno, quejándose de la conducta seguida por Lituania.

Antes de que las potencias decidiesen el futuro de Memel—cuestión engorrosa, pues Polonia insistía en que se le adjudicase—, un grupo de aventureros lituanos, arrancando una página de la historia de Polonia misma, organizó un golpe de mano y ocupó el territorio, con la aquiescencia o la tolerancia de un destacamento de soldados franceses encargados de mantener el orden y de hacer cumplir las disposiciones del Consejo de Embajadores. Lituania no hizo más que copiar fielmente la conducta de Polonia, cuando poco antes, en 1923, Zeligowski se apoderó de Vilna. A pesar de las protestas del Gobierno lituano a la Sociedad de Naciones, ésta ni siquiera condenó la actitud de Polonia. Las invasiones de esta naturaleza eran una especie de *leit motif* de la época D'Anunzio había hecho lo mismo cuando los aliados negaron Fiume a Italia.

En 1924, el Consejo de Embajadores juzgó la invasión de Memel, al que los lituanos rebautizaron con un nombre más autóctono, *Klaipeda*, un *fait accompli*, y se encargó únicamente de la preparación de un estatuto que garantizase a los memeleses autonomía administrativa y financiera—con un gobernador, un directorio y una Dieta—, bajo la soberanía de Lituania. Con esto no se perseguía otra finalidad que la de extender el radio de acción del principio de la soberanía popular y dar la mayor amplitud posible al pensamiento democrático y liberal del Occidente. En este estatuto se establece, además, que el territorio puede ser transferido a otro país—ya se pensaba en la probabilidad de serios rozamientos que pudiesen recomendar la reanexión a Alemania, pero sólo en el caso de que Lituania y las cuatro potencias—Francia, Inglaterra, Italia y el Japón—estuviesen de acuerdo.

A partir de 1924, la inmensa mayoría germana en el puerto de Memel ha pesado mucho más que la mayoría lituana en el distrito del interior, sirviendo de aliento a una persistente campaña que ha hecho imposible la convivencia de los dos pueblos y que ha llevado a Lituania a la adopción de medidas que son, en cierto modo, la continuación de la actitud que hizo posible la anexión de este territorio. En 1931, el Gobierno de Kovno designó un gobernador, que fué cambiando la mayoría germana en el Directorio y contrapesando la acción legislativa de la Dieta. En las últimas elecciones celebradas en Memel triunfaron 24 germanos y cinco lituanos. La obra del gobernador no había dado resultado. La propaganda germana salía victoriosa en todos los encuentros electorales. Las medidas autoritarias adoptadas no bastaban. Y, para agravar las cosas, el advenimiento del nacionalsocialismo, en enero de 1933, acabó de extremar una situación ya casi insostenible.

El choque de pueblos, de razas y de culturas en Memel y en los países bálticos es el choque de dos tendencias, agravado por factores imperialistas. De los Estados bálticos—Finlandia está demasiado separada, y sus características fundamentales son más bien escandinavas—, Estonia y Satvia son luteranas; Lituania es católica, como Polonia. Su cultura es una mezcla de polaco y de germano; su idioma, una especie de «bárbaro dialecto campesino».

¿Qué complicaciones traerá el veredicto de Kovno?

Lituania ha gozado, como otros Estados bálticos, de una existencia independiente en la edad del feudalismo. En el siglo XIV, su dinastía gobernante subió al trono polaco, dando lugar a una fusión, que terminó con el sometimiento de Lituania a Polonia. No se apagó, sin embargo, la tradición, alentada por la existencia de un idioma propio, que revivió con gran fuerza en el siglo pasado, el siglo del fervor nacionalista, que vuelve a reproducirse, con algunas características independientes, en nuestros días. Fué necesario que se la tuviese en cuenta cuando los estadistas aliados pensaron extender a Lituania la soberanía polaca.

Tan brevemente bosquejada la historia de Lituania, a duras penas se puede pedir al lector que fie en nuestra palabra al decirle que esta misma historia y su propia debilidad—no cuenta más que con unos dos millones de habitantes—son las causas directas de la cuestión de Memel, agravada por la actitud, siempre avasalladora, de Alemania. Sin Memel, sin salida al mar, su existencia independiente no podría durar mucho. Le acechan varios peligros. Alemania por un lado, y Polonia. Está dispuesta, pues, a mantener este territorio a toda costa, ya que su pérdida equivale a la pérdida de la independencia misma. El reciente proceso de Kovno la afirma terminantemente.

El proceso de Kovno tiene su origen en un supuesto atentado contra las autoridades lituanas de Memel, organizado en 1933. En él aparecían encartadas algunas personalidades importantes, incluyendo cinco diputados germanos de la Dieta de Memel. Se acusa de participación directa, con fondos, instrucciones y apoyo, al cónsul general de Alemania y a algunas figuras del partido nazi en Berlín, Königsberg y Tilsit. Abundan los indicios que hacen suponer que tenía como misión el facilitar el desarrollo y realización de la doctrina de Rosenberg, que defiende la idea de la inevitable expansión germana hacia el Este.

Uno de los encartados en el movimiento nazi en Memel ha declarado ante las autoridades lituanas que «el Tercer Reich reconquistará por la fuerza los territorios perdidos por el Tratado de Versalles, incluyendo a Memel». Es Hmara Willy, jefe de una Sección de Asalto nazi, que ha recibido instrucción en la Escuela de «fuehrers» de Berlín. Añadió que la Prusia Oriental es el centro para el avance de la política de dominación del Este, con la ocupación de los Países Bálticos. «Con Polonia, el Reich ha firmado—declaró—un pacto de no agresión de diez años. Este lapso de tiempo debía permitir a Alemania la ocupación de Memel y la anexión de los Países Bálticos... He aquí lo que se nos ha enseñado en la Escuela de «fuehrers»... En 1933 se me anunció la existencia en Memel de un partido análogo al nacionalsocialista alemán, dedicado a la propaganda nacionalsocialista. Tengo entendido que Moser, de Tilsit, había sido nombrado jefe del partido nacionalsocialista de Memel.»

En otros documentos aparece la misma afirmación. Hans Moser, jefe del partido nacionalsocialista del distrito de Tilsit, en la Prusia Oriental, y consejero municipal de esta ciudad, había sido designado comisario de la zona de Memel, en forma parecida al nombramiento análogo de Buerckel como comisario del *Sargebiet*. Siguiendo las recomendaciones—o instrucciones—de Rodolfo Hess, la «Unión Cristianossocialista» de Memel fué organizada en secciones de asalto, con uniformes cuya factura y color y material se amoldó a las recomendaciones del jefe nazi germano: botas negras, pantalones negros, camisas blancas, corbatas negras, etc., todo de fabricación alemana. «Nosotros consideramos—declaró Hess—que la región de Memel forma parte integral del Reich germano.»

Los 126 nazis condenados recientemente en Kovno—cuatro a muerte—están acusados de atentar contra la seguridad del Estado lituano y de haber asesinado a un compañero del que sospechaban—o tenían el convencimiento—que les hacía traición, informando al Gobierno lituano de sus planes. La detención, el año pasado, de 140 supuestos encartados en el movimiento extremó las diferencias y enardeció las pasiones. El gobernador y el Directorio, ya puramente lituano, hicieron caso omiso del Parlamento. Para anular su eficacia, sin suspender las sesiones, se encarceló a cinco de sus miembros, reduciendo la mayoría germana a 19. Como la Dieta podía en cualquier momento retirar la confianza al gobernador, con lo cual su dimisión era obligada, para evitar que se llegase al *quorum* necesario para una votación semejante—20 diputados—, los cinco diputados lituanos se alojaban siempre del salón de sesiones. De esta manera, la Dieta era impotente.

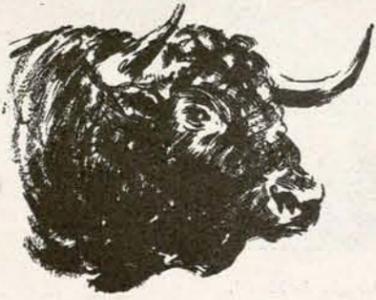
En las últimas semanas, el Gobierno de Kovno ha hecho esfuerzos inauditos por llegar a un acuerdo con los representantes de la opinión germana en Memel. Pero ésta se ha negado. Estima más conveniente su política de oposición implacable, que ofrece analogía sorprendente con la seguida en Dantzig, en el distrito del Sarre, en Austria y en otras partes. Es parte de un concepto general, de *Weltansehung*, de «uniformización» del pueblo germano dondequiera que se encuentre. Esto quiere decir, sin embargo, que, para llegar a ello, será necesario algo más que un propósito en tal sentido de Alemania y los alemanes: habrá que pasar sobre el cadáver de nacionalidades que no aceptarán jamás, mientras perduren, lo que se las quiere imponer. El avasallamiento de Lituania produciría honda sensación, y, con toda seguridad, algo más en otras partes del Continente. No sería necesario siquiera para ello que las relaciones entre Alemania y algunas grandes potencias fuesen todo lo tirantes que ya lo son.

FIESTA DE ESPAÑA

En Vista-Alegre miden sus armas
Barrera, Domínguez y Victoriano
de la Serna

Y triunfan--[naturalmente]--los toreros

Por FEDERICO MORENA



Decíamos, lector aficionado, en nuestra crónica del pasado miércoles, que el toreo anda, como si dijéramos, manga por hombro; que la Unión de Criadores de Toros de Lidia y la Asociación de Criadores de Reses Bravas están empeñadísimas en singular combate, que sólo cesará con el aplastamiento de uno de los beligerantes; y que los toreros, tocados, al parecer, de la locura destructora que invade el mundo y que rebasa los límites del mundillo taurómico, se han dividido en varios grupos, o cuerpos de ejército, y se disponen también a deshacerse lindamente...

Consecuencia de todo este desbarajuste fué la corrida del pasado domingo en Vista-Alegre. Se anunció a bombo y platillo, o, mejor, a tambor batiente, que un inquieto empresario, que se hizo popular en Valencia y que muy pronto también, si se lo propone, lo será en la capital de la República, se proponía organizar en la plaza carabanchelera una serie de corridas a base de toros de la Unión, y la Empresa de Madrid, en legítima defensa de sus intereses, estableció en sus contratos una cláusula por la que los toreros del abono no podían actuar en ningún circo situado a menos de diez kilómetros a la redonda... La cláusula, y el contrato consiguientemente, fué rechazado por algunos conspicuos de la totería, entre ellos los tres que figuraban en el cartel de Vista-Alegre—Vicente Barrera, Victoriano de la Serna y Fernando Domínguez—, y un considerable contingente de aficionados madrileños, de los de pura cepa, de los que no pierden una corrida de toros siquiera hayan de imponerse, como ahora, el sacrificio de un viaje molesto, desfiló, con todo su entusiasmo bullicioso, como en tiempos evocadores de cordiales añoranzas, camino de los Carabancheles...

Pero la experiencia no fué, ciertamente, muy alentadora. Las taquillas no se llegaron a cerrar, y acaso una larga serie de circunstancias desfavorables han hecho pensar al inquieto empresario que nunca segundas partes fueron buenas...

La corrida no satisfizo a los aficionados.

Los toros, de doña Concepción de la Concha y Sierra de Sarasúa, hija de doña Celsa Fontfreda y heredera de la famosa divisa, dejaron mucho que desear. Desiguales, y alguno de ellos sin la edad ni el peso reglamentario, nos sorprendió sobremanera su muy notable variedad de pelos—negro, cárdeno, colorao, sardo—, que daba a la corrida la sensación de un saldo apañadito... Además, como acertadamente y a viva voz hizo observar un buen aficionado desde su contrabarrera del 1, ninguno de los toros acusó las características peculiares de esta ganadería, de pura casta varqueña.

En general—no vale la pena de detenerse a señalar excepciones—, fueron los toros de doña Concepción de la Concha y Sierra de Sarasúa, sosos, muy sosos, que, dados, reservones y huidos...

Una corrida muy diferente a la que se lidió en Valencia el 17 de marzo. ¡Aquella sí que fué, doña Concepción, una corrida con todas las de la ley! ¡Y nosotros que esperábamos una repetición magnífica!...

Vicente Barrera y Fernando Domínguez, toreros y artistas tocados de todas las gracias, pusieron en el lienzo de la corrida algunas pinceladas de asombro.

El valenciano remató algunos quites con enjundia torera, y sacó un partido insospechado del primer toro con la muleta. Hubo pases perfectamente ejecutados,

que el público jaleó fervorosamente. La faena, sin duda, muy superior a los merecimientos del toro. Fué una verdadera lástima que el matador no estuviese a la altura del torero. El cuarto, un toro cobarde y peligroso, pues tiraba, de vez en vez, unos gañafones terribles, fué aliñado valerosa y diestramente. Pero tampoco lo mató bien.

Fernando puso a contribución su destreza, su valentía y su deseo firmísimo de triunfar contra viento y marea. A su primer toro, incierto, y al sexto, reservón y con mucho poder—un toro hecho y derecho—, les toreó con la muleta de modo admirable, jaleado y aplaudidísimo por el público. Dos faenas recias, macizas, en las que expuso más de la cuenta, especialmente en la segunda. Se puede asegurar, dada la índole del toro, que pocos aficionados esperaban una labor tan positivamente meritoria. Pero Fernando prendió al toro en la muleta y lo dobló maravillosamente en dos pases por bajo, lentos, parsimoniosos, templadísimos, imponderablemente ejecutados y rematados. Y porfió con el bicho ahincadamente, y así pudo lograr una serie de muletazos magníficos, por alto, en redondo, de la firma...

Muy torero y muy pundonoroso.

Con la espada, mediano en el tercero, y bien en el sexto.

Fernando fué despedido con una gran ovación.

Victoriano de la Serna, francamente deleznable. En toda su actuación no hubo un lance ni un moletazo de positivo mérito. Buscó el adorno a favor de querencia, y nada más. Al quinto pudo hacerle faena; pero fracasó. Y, para cubrir su incapacidad, se puso de rodillas, y se volvió de espaldas, y se sentó, y arropóse con el capote... ¡Lo que inventa el hombre para no torear!

El segoviano busca el éxito fácil en los aldeaños de Madrid; pero no lo consigue. ¡Hay que pasar el Rubicón, compañerito del alma!...

«Don Quijote» y los molinos

Presidió el nacimiento de CIUDAD un criterio de selección y de limpidez que abarcaba desde el poema hasta el anuncio. Hemos querido que nuestra revista fuese, entre todas, una cosa distinta, por superior en intenciones y, a ser posible, en realizaciones: criterio pedante y arriesgado, pero criterio al fin, y a su rigidez hemos ajustado nuestra norma. Por ello hemos en-

cargado críticas taurinas al distinguido escritor D. José de Quijano, «Don Quijote», limpio en su ejecutoria periodística, en su línea moral, y sagaz en sus apreciaciones técnicas. El hecho de haberle elegido entre cien implica un homenaje inicial y un reconocimiento previo de méritos, que no hemos de borrar ahora con el codo. «Don Quijote», pues, fué llamado a ser colaborador de CIUDAD; así, escuetamente, y no encargado absoluto y universal de nuestra sección taurina, de la misma forma que no hay sólo un colaborador literario ni deportivo. El hecho de que otro crítico haya sido llamado a compartir esta labor, para complementarla, para añadirle matices o para lo que fuese, dió motivo a que «Don Quijote», a quien hemos llamado a esta redacción y esperado infructuosamente una semana para darle cuenta de ello, se descuelgue con un artículo a nosotros dirigido, desde las planas de una revista profesional, y que titula nada menos que «De la charca inmunda», en el que se duele que no estemos en Norteamérica para reclamarnos «una crecida indemnización», que a tanto llega el herido lirismo y el probo desinterés de «Don Quijote». Lamentamos que le falte a este distinguido compañero la ponderación periodística que, por lo visto, le sobra en sus apreciaciones taurinas.

En Norteamérica y en el Cipango, las empresas periodísticas disponen de sus publicaciones y del personal que convino en adscribirse a ellas mediante un sueldo, como les viene en gana o como se lo dictan las contingencias de su labor. Y precisamente en Norteamérica en forma más rigurosa que en otras partes. Y si algo se castigaría allá de todo este asunto, sería el tono insultante y la interesada falsedad de la premisa en que «Don Quijote» apoya su soflama. Aun llevando las cosas al extremo más cercano a su tesis, quedaría esta conclusión monda y lironda: Que hemos convenido unas colaboraciones, que se han publicado, que se han pagado, y que se suprimió su continuación cuando se creyó conveniente. ¿Qué hay en todo esto de anormal, de delictivo o simplemente de incorrecto? Ninguna otra cosa, como no sea la suspicacia desmedida del probo revistero. Pero ni así sucedió, como ya queda dicho. Fué el propio «Don Quijote» quien, en nombre de exclusividades, por nadie prometidas, se declaró espontáneamente incompatible con un nuevo colaborador. ¡Qué le vamos hacer más que sentirlo! De eso a que nosotros, como dice el infrascrito, atentemos deliberadamente contra «el crédito moral de que yo, justificadamente, disfruto», con «insólita injusticia», por «motivos sin duda inconfesables», y para «hacer crítica prevaricadora», hay un vado muy ancho que «Don Quijote», cegado por su desproporcionada egolatría, se saltó precisamente a la torera. Su crédito nadie, empezando por nosotros, lo ha puesto en duda. Su mesura y su buen sentido sí lo ponemos, tomando pie del argumento que nos da con esas dimensiones anormales que en su espíritu toma un incidente que en nada afecta «a su buen nombre y honor». Es lo menos que podemos hacer con quien nos sitúa en una «charca inmunda», de cuya existencia nos hemos enterado por la alusión de «Don Quijote», a lo que parece, muy al tanto de estas sucias intimidaciones del gremio, que nuestra honradez ignora y seguirá ignorando.

«Don Quijote» ha visto gigantes donde apenas había molinos. Lamentamos que su lanzazo—lanzazo en el aire, claro está—nos obligue, por una vez, a darle esta voltereta, que en nada amenguará ese prestigio «que le testimonian desde Huelva».

Y si hay «banquete de desagravio», como se suele en estas latitudes, que se nos cuente como muy fervorosamente adheridos.

B.

RADIOTELEFONIA
EMERSON



REPRESENTANTE DE
Y COLONIAL

CHURRUCA, 1
TELEF. 17825

MARCA REGIST.
DIANA MADRID
ISAAC MARTIN



FIGURAS DE LA SEMANA

Raúl González Tuñón, poeta y argentino, ha llegado a Madrid

Por R. M. L.

Ha llegado un poeta.

No habrán de reconocerlo quienes lo busquen, para identificarlo, por su melena, su corbata romántica o su fisonomía sideral. Para este poeta la Luna es un reportaje, y, quizá también, un refugio para su alma libre, que llora ante las formas reaccionarias que se van apoderando de las instituciones de su país. Raúl González Tuñón, periodista de Buenos Aires, es poeta de su tiempo y cantor de su ciudad, porque ésta tiene mucho de otras ciudades, y él es un universal que presta su corazón como estación receptora de todos los dolores del mundo. Por eso ha cantado y canta el sufrir de los demás: la tragedia de los negros de Scottsboro..., la muerte estúpida del Chaco Boreal..., las falanges mutiladas y a la deriva de la postguerra..., la desilusión del revolucionario chino... González Tuñón es un auténtico intérprete lírico de esa vorágine cosmopolita que geográficamente se denomina Buenos Aires, pero cuya personalidad espiritual está a merced de toda nueva corriente, y es un día París, otro Madrid, y, alternativamente, Londres, Nueva York, Roma o Moscú. Por eso él tiene en sus ojos paisajes de todas partes, y su sensibilidad interpreta los pesares de naciones y gentes nunca vistas, pero que él sabe que deben padecer y atormentarse como los hombres de todo el mundo que han ido, como sus padres asturianos, a levantar con sus esperanzas ese gigante del Río de la Plata.

González Tuñón no es lírico por fórmula y sí por temperamento, por estar su sensibilidad virgen de «snobismos» y ser su capacidad emotiva todo instinto. Se inició en el éxito de la letra impresa en 1926, cuando todavía sus compañeros de años luchaban con las clasificaciones del colegio; su «Violín del Diablo», ganador del premio Gleizer, revelaba a un poeta personal, que en la difícil época de los veinte años ya sabía alejarse de las influencias y seguirse a sí mismo. Luego, dos años más tarde, conquista el Premio Municipal, aspiración de todo escritor joven de la Argentina. Y sigue produciendo, en 1930, «La calle del agujero en la media»; en 1934, «El otro lado de la estrella». Hoy nos ha traído un curioso volumen de poemas, editado junto con su partida, donde González Tuñón se consagra como el primer poeta de la juventud literaria de su país. Dramaticidad auténtica, ritmo sincopado, veracidad, humanismo, rebeldía y agrupados temas y figuras, por su gran pasión de cosas bellas. Porque este poeta, que canta a lo amargo y es sólo eco del dolor, entona así, porque su anhelo primordial es llegar a ver todas las caras sonrientes.

Y en tantos años de trabajo literario, una diaria preocupación y ocupación periodística en la redacción del periódico «Crítica», batallando por ideales populares, quebrando lanzas por una política honorable, entregándose de cuerpo y alma a un noble deseo de justicia social.

Poeta moderno, nunca por la factura, sino por el contenido ideológico, su sensibilidad está puesta al servicio de los graves problemas del siglo, y a medida que el cable o el teléfono llevaban a la redacción la nota sensacional del día, Raúl González Tuñón supo dignificarla con su nota o su canto.

Con su hermano Enrique fué redactor de un semanario de evolución literaria, «Martín Fierro», donde se agruparon valores ciertos como ellos: Olivari, Pondal Ríos, César Tiempo, y otros huecos que colaboran en la actual tarea de «nacionalismo-extranjerista».

Desde aquellas páginas se abrió fuego de metralla contra lo solemne, que en un país como la Argentina, sin perspectiva de vida, es siempre ridículo. Se «cargaron» a los intelectuales y a los profesionales de la literatura para purificar un ambiente en el cual sólo se respiraba la última moda de París. González Tuñón ha conocido el destierro. Parado, sin dobleces frente al error y a la hipocresía, debió dejar el suelo

de su admirada ciudad, para alejarse por imposición de los acontecimientos, de momentos en que predominaban los falaces. Los espíritus sanos no viven de acuerdo con la inmoralidad, y en las horas tristes por que pasa la Argentina, desde el motín cuartelero de septiembre de 1930, en años de Gobiernos fuertes surgidos de fraudes electorales y golpes de armas, de gobernantes siniestros y prácticas anticonstitucionales, los pensamientos rectos han sido hostilizados y, como en su caso, hasta obligados a emigrar.

Hoy está en Madrid. Viene, según propia declaración, a «admirar y aprender». ¡Bien venido sea! Nosotros saludamos en él a un genuino representante de la nueva y auténtica literatura argentina.

Nota.—En otra parte de este número ofrecemos «Los negros de Scottsboro», uno de los más característicos poemas de su libro último «Todos bailan».

CON EL MEDICO

EL DOLOR DE ESTOMAGO ELOGIO EXACTO DEL BICARBONATO

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

El estómago es un esclavo que acepta todo lo que se le da, pero que es astuto como un esclavo para vengar sus agravios.—EMILIO SOUVESTRE.

¿Habrá algo más tristemente generalizado que el dolor de estómago? ¿Y muchas casas donde no se rinda tributo de admiración a esa panacea universal que se llama bicarbonato sódico? No creemos muy difícil la respuesta. Fácil y rápida brotará de cuantos me hagan la merced de fijar su atención en estos renglones interrogantes. Pocos serán los mortales que no hayamos ingerido en polvo o en solución líquida el milagroso remedio; el bicarbonato entra en todas partes: en el palacio del prócer o en la humilde casa del menesteroso con idéntico orgullo de gustar, como elemento de urgente necesidad a quien hay que guardar las mayores consideraciones; el bicarbonato se lleva consigo a los lugares de obligado trabajo y a los sitios de voluntario recreo; con nosotros viene a todas partes; es amigo de los buenos, a quien siem-



pre se le encuentra en los amargos ratos de angustia, en que desconsoladamente miramos en nuestro derredor y no encontramos a nadie. El bicarbonato no nos abandona.

«¿Pero es—preguntará el querido lector—que el bicarbonato cura de modo infalible y sirve para todas las enfermedades del estómago?» ¡Alto, compañero, que ahí está el quid!, precisamente ahí, en esa interrogación que de manera tan oportuna acaba usted de hacer.

Vea, pues, la respuesta, que aclara las dudas de su asombro. Escuche.

No siempre duele el estómago por la misma causa, y no siempre, por tanto, es el bicarbonato esa panacea maravillosa que surte magníficos efectos. Ni cura, en la más amplia acepción y significado de la palabra. Alivia, amortigua, calma la gastralgia; priva, en fin, de la angustiada luxación de una dispepsia; suprime el intolerable dolor por un lapso de tiempo más o menos largo, pero no sirve para hacer desaparecer siempre—¡ni mucho menos!—la básica etiología del efecto álgico. Las cosas como son.

Me figuro la decepción de quienes lean esta línea, aparentemente dictadas por el escepticismo. Aclararé lo que pienso con fe de convencimiento. No quiero, porque sería injusto, quitarle su mérito, que lo tiene de modo que no deja lugar a duda. Lo que digo, al escribir tal, es que el compuesto químico tiene, como todo en terapéutica y en patología, sus determinadas y concretas indicaciones. Se mueve dentro de una



zona limitada y no siempre causa beneficio y hace desaparecer la terrible molestia.

Las razones no pueden ser más sencillas.

El estómago duele—aparte de muy diversas afecciones, cuyo relato sería demasiado extenso, que constituyen el interesantísimo archivo de las dolencias extragástricas—por exceso o por defecto de ácido clorhídrico, y se comprende lógicamente que, si para neutralizar aquél es preciso el álcali cuando el dolor sea producido precisamente por insuficiencia ácida—hipoclorhidria—, la ingestión del milagroso medicamento servirá únicamente para aumentar el padecimiento originario y, por tanto, aumentar también el dolor que se intentaba quitar. ¿Está claro?

Es, pues, en la hiperclorhidria, de una manera especial, donde el bicarbonato surte sus efectos sorprendentes. En la clásica acidez de estómago. Ahí, sí, desde luego, cumple a la perfección su augusta misión análgica de manera admirable.

«¿Y qué es la hiperclorhidria?»—dirán algunos—. Hablar, pues, de esta frecuente afección, viene como lógica consecuencia de cuanto hasta aquí hemos tan rápidamente divulgado. No teman, desde luego, nos adentremos demasiado en los laberintos científicos ni en los terrenos demasiado doctrinales. Huyo con premeditación... y alevosía de hacer tales cosas. Básteles saber que la dolencia—síntoma de muchos padecimientos del estómago—es producida por exceso de acidez gástrica, y tan frecuente, que puede calcularse en un 90 por 100 la proporción de hiperclorhídricos sobre los demás enfermos del estómago.

¿Sintomatología? ¿Tratamiento? ¿Causas? Hablemos de todo ello en ráfagas de concisión que plasmen de modo conciso el generalizado trastorno dentro del enorme orden patológico del estómago.

La principal característica de la dolencia es el ya citado aumento de ácido clorhídrico durante la digestión frecuentemente, y que produce molestias funcionales y síntomas objetivos.

Es la primera de aquéllas el clásico dolor de estómago, que suele presentarse en sensación de calambres, ardor, quemadura a lo largo del tubo digestivo. La duración de este acceso mortificante varía desde algunos minutos a varias horas. Muchas veces cesa de un modo espontáneo, llegando a constituir—esa es la sensación que produce—unas formaciones acuosas muy molestas, que terminan al verificarse un vómito, en el cual no es infrecuente la violenta expulsión de líquidos tan ácidos, que dan lugar a un aparente más que verdadero alargamiento dentario.

La hiperclorhidria es muy común entre los veinte y los cuarenta y cinco años, y más frecuente en los hombres que en las mujeres, y menos corriente en la gente del campo que en la de la ciudad. ¿Razones? Si las buscásemos, las hallaríamos con seguridad en aquel clásico aforismo de Séneca que dice: «Si te sorprende el número de las enfermedades del estómago, cuenta el de cocineros.» El régimen alimenticio, que tantas transgresiones experimenta en las capitales, lleva un buen tanto de culpa en lo que decimos.

La hiperclorhidria puede tener, como factor etiológico, los trastornos de tipo nervioso, el abuso del alcohol, la masticación insuficiente, el exceso de tabaco, la condimentación picante, etc.; la anemia, el embarazo, la apendicitis, la úlcera gástrica.

¿Tratamiento? Ante todo y sobre todo es menester un régimen de comida antiácido—no quiero fatigar a quien leyera con la enumeración de los muchos planes dietéticos que pueden estatuirse—, supresión de vino y bebidas alcohólicas.

Debe tenerse muy presente el procedimiento de preparar los alimentos, en cuya condimentación debe observarse con cuidado la cantidad de sal que se les añada. En cuanto a la temperatura, ni una cosa ni otra, es decir, ni muy fríos ni muy calientes. Y como remedio rápido, el bicarbonato de sosa; ¡ya salió a relucir!, a dosis de ocho a diez gramos por día.

Aquí sí, en la molestísima hiperclorhidria produce los mágicos efectos que todos hemos experimentado al ingerirlo con ansia salvadora. Por sus magníficos resultados, controlados por la práctica y testimonios por la realidad, el Bicarbonato—con mayúscula, hermano linotipista—ocupa, por derecho propio, lugar preeminente en la anaquelaría farmacológica de los remedios heroicos.

Saludémosle con toda reverencia. ¡Por si las moscas!



ESTOMAGOS SOLIDOS DE ESPAÑA

Por JOHN GUNTHER

Traducido de la revista norteamericana "Esquire" especialmente para CIUDAD por MANUEL COELLO



Se necesita tener un estómago bien sólido en España, país abundante en curiosidades, donde es prudente tomarlo todo con gran tranquilidad. «Una tortilla no está completa sin una o dos moscas dentro», dice un antiguo proverbio castellano. (Inventado por el autor.) La cocina española se recomienda por sí misma por su desorden y abundancia. Se come cualquiera una ración y parece que se ha hecho frente a una comida pantagruélica.

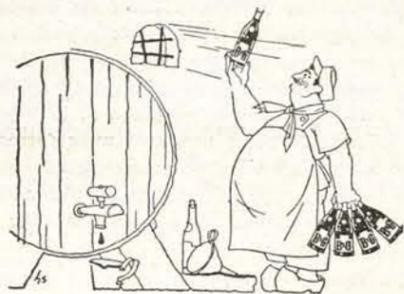
Hoy en mi hotel, el almuerzo ordinario, al precio de 14 pesetas. Se compone de los siguientes platos, cada uno servido en cantidad abundantísima:

Entremeses variados, pote asturiano, tortilla de champignons, filetes de lengua de San Germán, perdices estofadas choucroute, contra de ternera asada, patatas vapor, Saint Honoré a la parisien, pastelería, quesos, frutas.

A pesar de lo que ustedes puedan creer, este no es un menú ofrecido a un huésped de honor en un transatlántico de lujo, o el de un banquete servido en una recepción oficial, sino el almuerzo corriente de un hotel corriente, el Savoy Hotel de Madrid.

En España se pueden observar muchos milagros; hay muchas cosas que yo no he podido comprender, y una de ellas es saber por qué cada español no pesa 450 libras.

Otra de las cosas curiosas e interesantes en España referente a las comidas, es la hora a que se come, excesivamente tardía. Por lo general el almuerzo es de dos y media a tres de la tarde, y en cuanto a la comida, raro es el restaurante que servirá algo antes de las nueve y media de la noche. Mis órganos internos sufrieron muchísimo teniendo que esperar hasta las diez o las once, y a veces hasta las doce,



para empezar a comer. En los restaurantes no empieza el movimiento antes de las diez de la noche; a las once están animados, pero a media noche es cuando están en todo su apogeo. Y luego, de repente, pasadas las doce, cierran. Pero no se va uno enseguida a la cama, por lo menos en Madrid. Es preciso hacer la digestión. Para ello hay que dar un paseo hasta el café más próximo, unos veinte pasos, en donde desde la una de la madrugada hasta las dos se puede tratar muy confortablemente de negocios. A las tres de la madrugada ya se ha descansado bastante para dar una vuelta

por la «V» formada por la Gran Vía, la calle de Alcalá, y una calle obscura y peligrosa, cuyo nombre he olvidado, haciendo grandes esfuerzos para evitar los empujones y no verse arrojado desde la acera al centro de la calle, donde hay un movimiento extraordinario de carruajes. A las cuatro de la madrugada es hora de cenar o desayunar. Para ambas cosas se encuentran millares de sitios. El local para desayunar que yo prefería era el café la India, en una de las calles laterales de la famosa Puerta del Sol.

Hay muchas cosas bellas en España. ¡Toledo, el alegre y animado Prado, las corridas de toros, la provincia Navarra, los bosques de naranjos a lo largo del río en Sevilla..., y el jamón! El jamón de España es algo excepcional: es el mejor jamón del mundo. Lo hay de varias clases: jamón de Avilés y jamón serrano; yo prefiero el último. Es un jamón como el de Parma o el «prosciutto» crudo de Italia, no cocido, sino curado, tan rojo como la carne de buey, y sacado de la pata de un cerdo de gran tamaño. La pierna es larga (como los jamones de Dalmacia) y tiene la forma de una bota de vino. Casi siempre se sirve frío, limpio de hueso, en lonchas grandes y delgadas, que semejan pétalos de rosas, o bien, y esto es una magnífica innovación, cortado en cuadritos, que se comen con la ayuda de palillos, bebiendo al mismo tiempo manzanilla, un jerez pálido suave, que prefiero a todos los aperitivos del mundo.

No he de hablar mucho de los otros vinos españoles en este artículo, porque casi lo único que bebí siempre fué manzanilla. Es una bebida clara y un poco amarga, de la región de Sanlúcar, demasiado delicada para exportarla e imposible de hallar fuera de España. Y tan barata, que en Barcelona últimamente dos vasos se pagaban como una sola porción. Se puede beber tranquilamente medio litro antes de las comidas, sin consecuencia funesta alguna. En las comidas se bebe Rioja, un vino tinto fuerte, de Aragón, nada malo. La cerveza es excelente, y la mejor es la del café Victoria.

España ha importado de América dos instituciones: los minúsculos bocadillos y el aperitivo. En casi todos los bares se puede pedir a cualquier hora del día o de la noche, «un Pepito», que es un trozo de vaca, tierno, gordo, jugoso, asado de una manera muy rara, y presentado en una de las deliciosas barritas de pan españolas. Me acostumbré a merendar con uno, dos y tres «Pepitos» remojados con manzanilla, y me evité complicadas combinaciones culinarias.

Aperitivos se sirven en casi todos los buenos bares o cafés. Se pide manzanilla y con ella se sirve gratis una pequeña cantidad de «hors-d'oeuvres», en general delicioso. No conozco ningún otro país en Europa que tenga una costumbre tan simpática. Dan aceitunas relle-

nas con anchoas, una especialidad muy corriente en España, almendras de todas clases, sobre todo saladas, los famosos cuadritos de jamón, sardinas sobre trocitos de pan, pedacitos de queso sazonado con pimienta y mil otras chucherías.

Madrid es, cosa curiosa, una gran ciudad para la venta de pescado, estando situada sobre una colina en el centro de la península, con malas comunicaciones hacia el mar. Pero grandes camiones refrigerados traen por la noche lotes de sardinas, merluzas, anguilas, len-



guados, salmonetes, besugos, cangrejos, mariscos y demás anfibios exóticos, desde Valencia, Cartagena, Bilbao, Coruña, a la capital. Nota aparte merecen los riquísimos calamares, una especie de octopus; y hay un restaurante en Madrid que tiene fama, por la manera de prepararlos en su propia tinta.

Pero, sobre todo, se comen gambas y langostinos. Después de Velázquez y Goya, esto es lo más notable que existe en España. Se piden por medias docenas o docenas enteras, y en el restaurante se sirven cocidos o fríos, con salsa mayonesa. También se pueden comprar en la calle, como en América, los cacahuets; se pelan con los dedos y se van comiendo por el camino. Se venden en bandejas durante las corridas de toros, en cestas ante los limpia-botas, en carritos portátiles en las estaciones del ferrocarril. Y son incomparables.

Los platos regionales más famosos son: paela a la valenciana, pote asturiano y el famoso cocido a la española, que contiene tal cantidad de cosas que, generalmente, se sirve en varias veces.

El restaurante que más me gustó en Madrid fué la «Casa Morán». Está muy escondido, pero cualquier conductor de «taxis» da enseguida con él. Se entra desde la calle en una habitación, de uno de cuyos muros cuelga un monumental espejo; en la pared de enfrente se ve un bar de cinc, idéntico a los que hay en las tabernas de París, y allí se hace la primera consumición, de pie. En el pasillo que parte de dicha habitación hay una cámara frigorífica enorme; si se quiere puede uno mismo elegir

en ella los manjares que se desean comer y llevarlos a la cocina por su propia mano. El camarero, un muchacho muy alegre, habla un inglés disparatado. La primera parada es en el mostrador para beber unas cañas de manzanilla, acompañadas de rojo chorizo de Pamplona, aceitunas rellenas y al natural, grises y tan grandes como albaricoques; también dan un extraño abanico de peces chicos, sujetos el uno al otro por la cola, que se llaman «boquerones de Málaga», o si se es muy habilidoso, se comen «percebes», una especie de dedos negros con uñas, que se pescan en las costas de Galicia, en las rocas, semejantes a un pólipo, que al pelarse dejan ver una carne negro-rosada, que se chupa con el jugo que contiene. Finalmente hay los langostinos, y debo confesar que es el manjar más exquisito de todos los pescados que yo he probado en todas las partes del mundo. El resto de la comida en «Casa Morán» es sólido, sencillo, exquisito, y se acaba como se empezó, en el bar. Se pide «Fundador», que sirven en unas botellas viejas de «kirsch», con azúcar dentro, y su sabor recuerda mucho al «punsch» sueco. Finalmente, y esto es el colmo de la gentileza, el camarero entrega un paquetito de bicarbonato para que los langostinos permanezcan en paz dentro del estómago.

Hay muy buenos restaurantes en Madrid, pero el más famoso, sin duda alguna, es Botín. A mí me gustó extraordinariamente. Fundado en 1620, se siguen asando las viandas en la misma parrilla, que cuenta en la actualidad más de trescientos años. Botín no es muy caro. A pesar de su fama; la prueba es que siempre se ve muy concurrido por turistas. Por dos dólares se puede tener una comida copiosísima, con vino abundante para nadar dentro una semana entera. La especialidad suprema de esta



casa es el cochinito asado, servido para cuatro personas; tierno, rosado, sin pellejo, parece un ser humano, de unas 20 a 22 pulgadas de largo. Se rocía con un estupendo vino tinto de la Mancha, la patria de Cervantes.

Antes se pueden comer los exquisitos calamares, y como postre un extraño y gustoso queso manchego, también de la región de Don Quijote. Después del cochinito se bebe una botella de «sidra asturiana», una especie de champagne espumoso, hecho con el jugo de las manzanas, que es un líquido nuevo y de lo más desconcertante que he bebido en mi vida.

¿Qué plato prefiere el paladar madrileño?

Lo que opinan los cocineros

Por ENRIQUE ZORREGUIETA

No hay nada como el cocido.

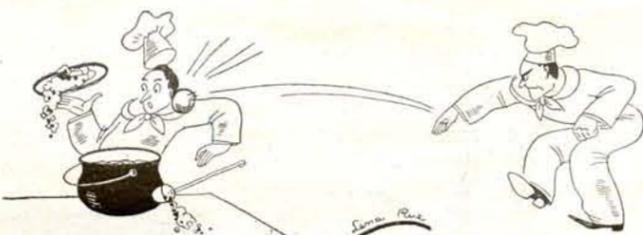
—¿Está el «chef»?—entramos preguntando en el popular restaurante de la calle de la Madera.

—Aquí no hay «chef»—nos responde D. Félix Heras con una humildad que intenta en vano disfrazar su orgullo—. Aquí lo único que hay es un buen cocinero.

—Bueno—argüimos—, lo del nombre es lo de menos. Queremos saber cuál es, a su juicio, el plato favorito de los madrileños.

—No lo sé, pero si usted me pregunta cuál es el plato de más aceptación de la casa, se lo diré. La fama de la casa Félix la ha hecho el cocido. Comenzamos a hacerlo en nuestro local de la calle de la Bola; pero bien

pronto debimos fundar una sucursal en este lugar. En ningún restaurante de Madrid es posible comer un cocido como el nuestro. Ciertamente es que este típico plato madrileño requiere una serie de ritos que nosotros cumplimos al pie de la letra: de ahí nuestra fama. En pri-



mer lugar, el cocido debe hacerse en unos pucheros de barro, con capacidad para una sola ración. Nuestros pucheros son hechos especialmente para nosotros en Alcorcón. Luego, cada puchero debe ser puesto a un fuego hecho con carbón de encina. Y no quiero decirle a usted de los ingredientes, que deben ser de lo mejor. Todos estos factores hacen que nuestro cocido sea célebre en toda Europa.

—¿En toda Europa?

—Sí, no le exagere. No hay turista de París o Londres que al venir a Madrid no sepa dónde se come el mejor cocido del mundo. En Londres lo popularizó un artista, cuyo nombre lamento no recordar. Vivía en el



hotel más caro de Madrid, pero venía a comer a mi casa. Recuerdo que una vez, después de comer, le hice la cuenta en un velador de roble que a él le gustaba mucho, porque era antiguo, y me dijo: "Está bien, pero me llevo la factura." Y como realmente la salida era ingeniosa, le regalé aquel viejo velador. Ahora hago las cuentas en un papel...

¡Vaya albóndigas las nuestras!

—¿Que cuál es el plato predilecto de los madrileños? —pregunta a su vez el dueño de una "tasca" de la calle de Toledo—. ¿Pero es que, acaso, usted no sabe lo que son nuestras albóndigas? Anda, tú, Ruperto—exclama, dirigiéndose a un chaval que hace las veces de camarero—, sírvale media docena a este caballero.

La perspectiva de comer a la media hora de haber dado cuenta de nuestros garbanzos nos pone la carne de gallina. Se hace necesaria toda la persuasión de Arteché para convencer a aquel forajido que no podemos comer dos veces y que de todas maneras damos crédito a sus palabras. Y nos deja tranquilos, eso sí, después de hacernos jurar por nuestra honra que hemos de ir pronto a probar sus albóndigas.

Habla de ellas como se puede hablar de la novia de



los veinte años. Al describir su confección, sus manos dibujan volúmenes en el aire como si describiese las curvas de alguna mujer de Rubens. Aunque no lo diga, se adivina que pone un renovado amor cada vez que su cocina prepara la milagrosa salsa de sus albóndigas. ¿Qué de extraño tiene, pues, que las albóndigas sean para él el centro del mundo y que las considere el mejor plato de todas las cocinas del planeta?

Todos los platos del Capitol gustan.

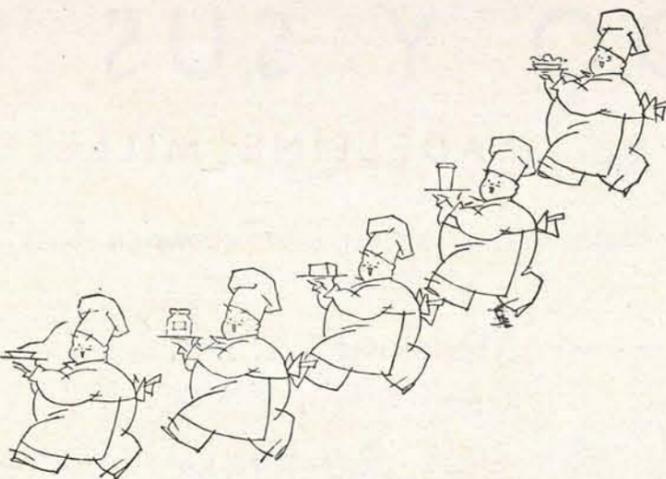
En la inmensa cocina del Capitol todos los cacharros relucen. Se creería estar en la cocina de algún transatlántico. Pero los amplios ventanales nos muestran la llanura de la Mancha y, al fondo, azuladas, las sierras del Guadarrama. No está el "chef". Ni el pinche. Sólo queda un ayudante y dos mujerucas que le sacan lustre a las mayólicas que cubren las paredes.

Consciente de su responsabilidad, el ayudante no quiere hablar si no está presente su jefe.

—Vamos, no tiene importancia—le explicamos—. Se

trata de hacerle dos preguntas que usted mismo puede contestar.

—Vayan—exclama, mientras Arteché toma un apunte. Para que el retrato sea lo más fiel posible, el ayudante habla sin mover un músculo, parece que tuviera



torticolis. No volvería la cabeza aunque le picara el más descomunal mosquito.

—¿Cuál es el plato que prefiere la clientela del Capitol?

—Todos gustan. Es difícil saber cuál preferirían, porque hay una lista fija. Si se comiera a la carta, podría decirle cuál es el plato que tiene más salida. Pero los clientes no muestran preferencia por un plato determinado. Nuestra cocina es selecta, y todos los platos son para paladares hechos a toda clase de refinamientos.

—¿Cómo se llama usted?

—Antonio Castro Fernández.

El "changurro" es una cosa muy seria.

En el "Or Kompon", a las cinco de la tarde. Ya ha terminado toda la tarea. Junto al mostrador de la en-



trada, el "maitre", Toribio López, conversa con el dueño del establecimiento y con un parroquiano rezagado que ayuda su digestión con unos "whiskeys".

—Es difícil contestar a su pregunta—nos responde el Sr. López cuando se ha enterado del motivo de nuestra entrevista—. Si usted me hubiera preguntado cuál es el plato más celebrado de la casa, no habría vacilado en contestarle: el "changurro". Efectivamente, esta es la única casa de Madrid que sirve el "changurro". Ya sabrá usted lo que es: es la carne de la centolla, preparada de una forma especial y servida en la misma caparazón. Es, posiblemente, el plato más sabroso de "Or Kompon" y el que más salida tiene entre nuestra clientela; pero lo mismo gozan de la preferencia de nuestro público aquellos platos típicamente vascos, a los cuales nos dedicamos. Así, por ejemplo, es muy grande nuestra venta de chipirones, de merluza en salsa verde, de sopa de pescado y, sobre todo, de esa maravilla de postre vasco que se llama tostada vasca o leche frita, que somos también los únicos en preparar

"La carne en salsa y los asados", dice Eladio.

No podía faltar en esta consulta el "restaurant" de Eladio Leirana, una de las más populares y castizas casas de comidas de Madrid. Aunque escondida en un



recodo de la calle de la Independencia, la gente que husmea y figonea antes de meterse en un lugar para comer, ha sabido descubrir este original local, en donde el freír un huevo, según la conocida anécdota del viejo Eladio, es un arte que exige tanta disciplina y devoción como el que se requiere para dirigir "Par-sifal"...

—¿El plato preferido por la clientela?—nos dice don Eladio—. Pues, verá usted: eso depende de inúmeros factores; pero, en general, lo que más se pide en mi casa son los asados y la carne en salsa, platos de los que hemos hecho una verdadera especialidad. Ya podrá usted imaginarse que cincuenta años de cocina son más que suficientes para haber logrado la perfección en la confección de más de un condimento.

—Si fuéramos a hacer una lista de los platos, en orden a su preferencia—agrega Eladio—, habría que anotar a continuación de la carne en salsa y los asados, a la pepitoria de gallina, a los calamares en su tinta, a los mariscos y a los pescados, comenzando por la merluza y el congrio.